

II. PARTE

FIGURAS Y JERARQUÍAS DE LA DIFERENCIA EN EL SIGLO XIX. TRANSFORMACIONES DEL MAPA NACIONAL



Esta parte aborda la construcción y representación, desde la élite nacional, de una variedad de figuras humanas -razas, tipos o pueblos regionales-, a partir de las cuales fue expuesta la diferencia poblacional, dentro de los contornos de la unidad nacional colombiana en el siglo XIX. En conjunto, estas figuras constituyeron un mapa jerárquico de la población, desde el cual el ejercicio diferenciador de gobierno de los otros cobraba sentido para las élites. Por ello, en este documento se insistirá que la diferencia poblacional, elaborada en las producciones visuales o escritas aquí analizadas, tuvo lugar en la medida que emergió una conciencia nacional y que fue planteada la imagen de una unidad de la nación; a fin de cuentas, tan sólo plantear lo heterogéneo implica la pretensión de una homogeneidad.

No fue una la forma de clasificar la población durante el siglo XIX. A lo largo del siglo es posible identificar o plantear tres modelos taxonómicos; distinguibles, éstos, por las figuras a las cuales aludieron, los órdenes que plantearon y las condiciones de posibilidad epistemológica, económica y política desde las que surgieron. Cada una de las siguientes tres secciones explora una de estas taxonomías poblacionales, siguiendo el orden en el que emergieron. Si bien analíticamente podrían ser esbozados los contextos de origen de cada una de éstas, ello no significa que deban ser vistas como etapas definidas y sucesivas en un trazado lineal. A finales del siglo XIX, en los mapas jerárquicos de la diferencia poblacional se entremezclaban y conjugaban las distintas taxonomías. La clasificación racial de las tres razas no desaparecería a lo largo del siglo, por sus implicaciones en la establecimiento de jerarquías radicales, así como el climismo siguió cumpliendo un papel central en este mismo propósito. No obstante, este capítulo evidencia cómo la regionalización va ocupando un lugar privilegiado en la construcción de la diferencia en torno a la elaboración de una unidad nacional.

La conjunción de una serie de procesos incidió en esta variación en las formas de clasificar la población nacional. En primer lugar, es evidente una progresiva transformación de la conciencia de una unidad nacional, en la que fueron requeridas taxonomías moderadas, donde las diferencias no fueran tan radicales e irreconciliables, y, por esta vía, permitieran plantear la idea de unidad. La categoría *tipo*, por ejemplo, es una manifestación de esta transformación. Por otro lado, la creciente valoración de lo mestizo abrió la posibilidad de pensar más allá de las tres grandes razas y sus derivaciones básicas e “impuras”. Los tipos humanos y regionales fueron viables en un escenario en el que la mezcla dejó de ser percibida como la desestabilización del orden para ser el sendero del progreso y la depuración del pueblo. Estos procesos propiciarían, en tercer lugar, cambios en los saberes sobre la diferencia, de unos más radicales a unos moderados y en la constitución de saberes del estudio de lo propio. Por último, la lenta pero continua exploración, coloniza-

ción e integración del territorio nacional fue enriqueciendo y complicando el escenario de la construcción de la diferencia. La variante imagen de la geografía nacional en el transcurso del siglo fue determinante al respecto.

Esta historia de la transformación de los modelos taxonómicos revela la casi obsesiva preocupación por clasificar, ordenar y nombrar lo que aparecía variado, disperso e irregular ante los ojos de la élite letrada nacional. Este ejercicio clasificatorio estaba fundado y fue respaldado con fuerza por “el pensamiento racialista” (Todorov 1989; Urueña 1994). Como lo he señalado, éste no opera solamente al hablar de razas. Las taxonomías poblacionales del siglo XIX fueron elaboraciones racialistas, desde las cuales las diferencias eran planteadas en una jerarquía de valores y naturalizadas por medio de una relación incuestionable entre la constitución social-moral y la constitución física individual y del “medio físico”.

El racialismo funcionó como sustento de un ejercicio diferenciador que era eminentemente político. Un ejercicio que permitió la definición de estructuras de poder alrededor de lo nacional, articulando las relaciones desiguales entre los pueblos y territorios incorporados, y de éstos con los centros de poder del estado nacional. Igualmente, como parte del sistema mundo moderno, los estados nacionales eran ejercicios localizados de una colonialidad del poder, la cual organizaba las relaciones productivas y de control del trabajo a partir de taxonomías fruto del racialismo (Quijano 2000). El racialismo y las diferencias que naturalizaba respondían a un colonialismo interno de las élites nacionales respecto a *su* pueblo y *sus* territorios. Ello cobró gran importancia en el contexto de la segunda mitad del siglo XIX, en el que la colonización física y simbólica del territorio, el deseo civilizador, la búsqueda de la prosperidad y la inserción lenta a una economía mundo capitalista, se conjugaron en la necesidad de un conocimiento y clasificación de las riquezas poblacionales y naturales (Rojas 2001; Restrepo 1993; Sánchez 1999).

Así como los tres modelos que presento a continuación se traslapan y entrecruzan a lo largo del siglo, los elementos, esquemas y enunciados racialistas que los componían, también se entretrejieron en complejos mapas de clasificación. En las siguientes tres secciones se intenta hacer este recorrido. Un recorrido que comenzaba con las razas, conjuntos morales, naturales y de grados de civilización, comprendido además desde el climismo y la perspectiva civilizadora de la orografía. A ello se sumaría la complejización de la descripción física, a mediados de siglo, el posicionamiento de la idea del medio físico, que se superponía a la idea del climismo hipocrático, la importancia de los saberes de las costumbres y el ascenso definitivo de la división entre lo urbano y lo campesino. Elementos, todos, que eran reforzados bajo la diferencia regional, que a su vez era cruzada con los tipos humanos y las

razas. El indio chibcha habitaba al mismo tiempo los mapas de la diferencia poblacional con el antioqueño, el negro, el santafereño, el zambo y el calentano. Los esquemas, elementos y saberes se ampliaron desde la perspectiva regional. La región natural, las economías regionales, la climatología por regiones, aparecieron, entre otros, como elementos determinantes de la diferencia.

1. CIVILIZACIÓN ANDINA /BARBARIES ARDIENTES

El racismo y las clasificaciones poblacionales en Colombia se concentraron inicialmente en las categorizaciones raciales básicas de las tres grandes razas, asociándolas a una diferenciación espacial entre tierras altas -civilizadas- y tierras bajas -bárbaras. En esta sección explico este modelo taxonómico evidente con fuerza desde principios del siglo XIX y vigente, aunque con cambios, durante todo el siglo como fundamento de la diferencia poblacional y espacial de la nación. Además aquí introduzco de forma general la relación entre racismo y colonialidad del poder en la Colombia del siglo XIX. Para ello presto especial atención al racismo proveniente de la conciencia criolla de principios de siglo, considerando que éste fue determinante en la forma en que se desarrolló tal problema a lo largo del siglo.

1.1. RAZAS, COLONIALISMO Y DIFERENCIA

La conquista-invencción del Nuevo Mundo enfrentó al régimen colonial español al manejo y explicación de la diferencia humana. Antes de que doctrinas evidentemente racialistas –en el sentido de Todorov- fueran comúnmente aceptadas en América, las discusiones sobre la diferencia en la constitución moral de los grupos humanos, la cuestión del color de la piel y la naturalización de la división del trabajo jugaron un papel determinante para el poder colonial (Quijano 2000). A finales del siglo XVIII, en las colonias hispanoamericanas ya había una historia larga de dominio colonial relacionado con el manejo y la comprensión de las diferencias poblacionales, que para esta época se reforzó con las discusiones naturalistas en torno a la llamada “Disputa del Nuevo Mundo” (Gerbi 1982), animada a su vez por la emergente imagen de la civilización humana ilustrada y sus valores jerarquizadores de sociabilidad y racionalidad.

Desde finales del siglo XVIII y durante todo el siglo XIX, el pensamiento racialista fundamentó el orden jerárquico de la diferencia poblacional en el orden global. Esto permitió, particularmente, naturalizar y fijar la “indole” y el “genio” variado de la población según las diferencias raciales. En general, las variadas relaciones entre distintos pueblos y territorios estuvieron, entonces, mediadas por una cons-

tante marcación de las diferencias, pensadas desde valores raciales; raciales porque habían sido fijadas en “la naturaleza” de los grupos humanos, tanto porque las esencializaba en un algo intrínscico, propio e invariable, como porque las fijaba en los cuerpos y en la corporalidad de los hombres y mujeres. El punto central del racialismo es particularmente retórico, porque desde su lógica científicista pasa en su argumentación de lo físico-natural a lo moral-social (Todorov 1989). Esta racialización de las diferencias fue un ejercicio político de carácter mundial, puesto que sustentaba las relaciones de poder y dominación. A este ejercicio se refiere Quijano (2000) cuando utiliza el término “*colonialidad del poder*”.

En esta colonialidad surgieron categorías raciales que se constituían en unidades poblacionales fijas y vistas como evidentes. En América las más corrientes fueron blancos-europeos, indios-americanos y negros-africanos, según la fisonomía-origen. A cada una de ellas fueron adjudicados valores morales, comportamientos, actitudes, costumbres, grados de civilización y hasta grados de racionalidad o humanidad-animalidad.

Con la construcción de las naciones en América la colonialidad del poder se convirtió en una colonialidad interna. En las naciones hispanoamericanas el ejercicio de gobierno, la distinción social y las relaciones entre los componentes poblacionales y espaciales de la unidad nacional estuvieron mediadas por las diferencias raciales. Allí, lo blanco, lo negro y lo indio siguieron funcionando como formas de diferenciación interna en estos distintos niveles.

La historia del racialismo en lo que hoy es Colombia tuvo un momento definitivo a principios del siglo XIX. Los criollos del Nuevo Reino de Granada se encontraban en una situación liminal, en la cual el racialismo posibilitaba una forma de posicionamiento en el horizonte de la civilización y generaba mecanismos de diferenciación con los otros habitantes de *su tierra patria*. Subordinados ante el gobierno colonial por su origen de nacimiento y tachados de inferiores por los naturalistas europeos, los criollos debieron enfrentarse a definir su identidad racial entre los europeos, como semejantes, y los nativos americanos, como distintos.

La reivindicación de los criollos como hombres civilizados, católicos, con altos grados de moral y con un aspecto físico bello, que los hacía conformar a su juicio la casta más importante del Reino, tuvo un lugar privilegiado en el *Semanario* creado por el payanés Francisco J. de Caldas, en especial, frente a las fuertes afirmaciones sobre la inferioridad de todos los pueblos del Nuevo Mundo que se divulgaron en Europa. Por ejemplo, para el reconocido naturalista Buffon todas las especies animales americanas eran inferiores y débiles debido a las condiciones climáticas y naturales del continente. América era entonces un continente habitado por una

naturaleza “salvaje, hostil y frígida” que la civilización humana, al no haberse desarrollado exitosamente, no había logrado domesticar (Gerbi 1982: 7-42). De Pauw fue incluso más lejos al enfocarse en los hombres afirmando de entrada su incuestionable degeneración. Para él, el Nuevo Mundo, dominado por un clima malsano y húmedo, no habría podido generar aquellos buenos salvajes de los cuales hablaban ciertos europeos; más bien, los indios eran “bestiales”, “débiles” y “siervos por naturaleza” (Gerbi 1982: 81-96). Caldas (1808) desde Santa Fe, y Unánue (1806) desde Lima, fueron sólo algunos de los naturalistas criollos que, utilizando los mismos argumentos climáticos de Buffon, escribieron sobre las ventajas del clima en determinados “países” y los talentos e ingenios de ciertos hombres en el continente americano. De esta forma, los criollos esperaban ser vistos como iguales ante los europeos, como agentes de su propio gobierno ante el régimen colonial y como distintos ante las demás poblaciones del Reino.

El esquema diferenciador de los criollos de principios de siglo, basado en las tres grandes razas y sus derivaciones impuras y problemáticas, fue particularmente radical y jerárquico porque su horizonte identitario era la civilización mundial-europea y la posesión de su tierra patria, en la que los otros habitantes eran otras de las riquezas o problemas con los que se contaba. Entre los criollos, indios, negros y mestizos, en la visión de Caldas por ejemplo (1807, 1808), no había planteada una unidad de identidad. La idea de patria no puede ser confundida con la de nación, puesto que la primera sólo hacía referencia a la ligazón con la tierra de nacimiento, que por cierto era reiterada como parte de los conflictos con el régimen colonial. Sin embargo, la visión de los criollos sobre los indios y negros no fue tan extrema como la de los naturalistas europeos, puesto que estos grupos se constituían en su fuerza de trabajo, en materia disponible y por ende en un problema poblacional interno que tratar.

La diferencia entre las tres razas fue conjugada con una jerarquía espacial entre las tierras altas y las tierras bajas. Tres razas distintas en dos tierras completamente distintas que reiteraban al altiplano como centro de poder, frío y civilizado al igual que la Europa imaginada. En esta jerarquía fueron conjugadas la idea de un poderoso influjo del clima, la diferenciación entre civilizados y bárbaros, que señalaba la autodeterminación de ciertos hombres, y la concepción cristiana sobre el acceso a la gracia divina. La utilización diferenciada de estas concepciones sustentó una jerarquía radical que tuvo lugar en una geografía horizontal y principalmente vertical del cuerpo de la patria, una escala de valores atravesada por los pisos térmicos, es decir, una jerarquía climática. En esta visión el racismo era radical, y por tanto las diferencias, no por una idea rígida, homogeneizadora y excluyente de nación, sino

porque allí primaba una colonialidad del poder totalmente eurocéntrica y precisamente no filtrada por la idea de nación.

Después de la independencia y hasta mediados de siglo, la diferencia poblacional y espacial siguió concentrada en la oposición entre civilización y barbarie y tierras altas y tierras bajas, cruzada por la progresiva coexistencia espacial de las tres grandes razas. No sólo el deseo civilizador estaba en el fondo de la nación, oponiendo a la civilizada e ilustrada élite nacional sobre el bárbaro e ignorante pueblo, sino que desde su posición en el altiplano como centro de poder la élite criolla mantuvo la diferenciación espacial de principios de siglo. Así, las categorizaciones raciales básicas, los valores asociados a lo negro, lo blanco y lo indio, se mantuvieron aunque bajo otras formas menos radicales.

Todo esto será explicado más adelante. Por el momento es importante aclarar que el racismo, como definición de las diferencias poblacionales, se mantuvo con fuerza en el contexto nacional por su papel adjudicado en la explicación de los conflictos y problemas nacionales, en una óptica absolutamente atravesada por el colonialismo eurocéntrico. Los letrados nacionales vieron en la composición racial poblacional y en las remanencias de la barbarie la explicación de la violencia, el atraso y las constantes revoluciones que sacudían al país (Samper 1861; Arboleda 1867). El estudio de las razas y del carácter de la población colombiana permitiría comprender, a juicio de la élite letrada, la condición particular de la república, “Es necesario ir más lejos. Forzoso es entrar en el examen de las razas que pueblan el continente considerándolas como elemento social, viendo cómo y en qué proporciones entran en juego en el desarrollo de los Estados” (López de Ayala 1867: 32). Estas explicaciones racialistas tenían como principal fuente de recepción y aceptación el público europeo. De esta manera, lo particular y lo propio eran comprendidos desde el racismo atendiendo a la mirada europea. Hasta las mismas visiones optimistas y positivas de la situación del país tenían como fundamento el racismo (Ancizar 1853; Samper 1861). Ello era problemático. Aunque varios principios del racismo sustentaban al nacionalismo, sobre todo en la idea de una raza nacional diferente de otras, la percepción de sí mismos atravesada por las doctrinas racialistas enfatizaba aun más en las jerarquías poblacionales.

1.2. TRES RAZAS Y DOS TIERRAS

La visión jerárquica de las tres grandes razas, dispuestas en dos tierras distintas, fue evidente desde principios del siglo XIX fruto de una conciencia criolla. La diferenciación poblacional y espacial propuesta por los criollos ilustrados del Nuevo Reino debe ser apreciada como un esfuerzo de éstos por rechazar la innegable y extendida

degeneración de los hombres americanos, de lo cuales ellos harían parte, al mismo tiempo que, utilizando un pensamiento climista, intentaron generar formas de diferenciación entre los pueblos del Reino, construyendo un orden jerárquico en el cual ellos ocuparían la posición privilegiada. Esta diferenciación también se constituyó en una estrategia para el posicionamiento de los criollos americanos, quienes con las reformas borbónicas se encontraban aún más subordinados frente a los naturales de Europa.

La diferenciación poblacional que planteaban los criollos naturalistas se basaba en la afirmación del influjo del clima, sustentada en términos generales en dos principios básicos⁷⁶. Primero, en especial para la geografía botánica y zoológica, los distintos especímenes tenían una ubicación geográfica particular, que hacía pensar que las diferencias se podían situar geográficamente. En segundo lugar, para alguien como Caldas (1808), el hombre al tener un cuerpo organizado, como cualquier animal con una forma y un contenido complejo compuesto por sistemas y fluidos, era alterado en su constitución física por las condiciones climáticas. En este último argumento operaba la idea de unos cuerpos mecánicos e hidráulicos que eran afectados en sus propiedades por las condiciones de temperatura del medio físico, un cuerpo que se contrae, se dilata y se expande, como lo anunciaban las incipientes físicas y químicas de la época, “el cuerpo del hombre, como el de todos los animales, esta sujeto a todas las leyes de la materia: pesa, se mueve y se divide; el calor lo dilata, el frío lo contrae” (Caldas 1808: 139). Además, allí resultaba evidente el peso de la medicina hipocrática, en especial de la teoría humoral y la clasificación en temperamentos, aunque en contradicción con la anterior visión. Los humores, como fluidos provenientes de los elementos primarios de la naturaleza, eran los directamente afectados por el clima y los alimentos, siendo potenciados, disminuidos o renovados. El estado humoral de cada persona definía su temperamento y éste señalaba unas características somáticas, psíquicas y, en el siglo XIX, morales. En Caldas esta visión hipocrática se concentraba en señalar que cada temperamento tenía unas potencias o cualidades; el clima al definir los temperamentos, por la vía

76 La idea del influjo del clima utilizada de forma positiva para los criollos y negativamente para los negros o los indios errantes, estuvo sustentada por unas nociones particulares sobre el clima y la constitución física del hombre. Para Caldas, *el clima* no era sólo los grados de calor y frío, sino además las cargas eléctricas, la presión atmosférica y el oxígeno, los ríos, las montañas, las selvas, los vientos y la lluvias; el influjo del clima sería la fuerza de todos estos elementos de la naturaleza poderosa sobre los seres vivientes. Además, Caldas se preocupó por el influjo de los alimentos y las bebidas, según sus tipos, su grado de asimilación, los humores que produce y los efectos en el tamaño, aunque no se ocupa mucho de este punto puesto que para él es evidente e incuestionable. Con *la constitución física* del hombre este naturalista se refería a la robustez o debilidad de los órganos, el grado de irritabilidad del sistema muscular y de sensibilidad del sistema nervioso, el estado, abundancia y consistencia de sólidos y fluidos y el funcionamiento de la circulación (Caldas 1808 138).

de los humores, actuaba sobre estas potencias definiendo las inclinaciones, las cuales a su vez llevaban al hombre bien sea a la virtud o al vicio. Aquí la clasificación que en el fondo importaba a alguien como Caldas era de orden moral. El uso extensivo y radical de esta visión hipocrática, que se fundamentaba en la conexión microcosmos-macrocosmos, se presentaba en Caldas cuando se refería a aquellos que estaban más abajo en la escala de degeneración: indios errantes, zambos y negros, aquellos que eran por temperamento de determinada forma y a los cuales no era posible cambiar; la influencia del calor, de la humedad y de los climas malsanos aparecía inevitable para ellos.

El influjo del clima era menor o mayor dependiendo de la raza o el pueblo mezclado que afectara, bajo el supuesto de que el hombre civilizado era quien incidía en últimas, por sus propias capacidades, en la elección de una vida social determinada; una vida que sería de virtud por ser ilustrado, racional y sociable. Además, Caldas desarrolló su argumento para demostrar que, por ser tan distintos los pisos térmicos y la incidencia de un conjunto amplio de elementos climáticos sobre ellos, en algunos casos el clima influía positivamente sobre los hombres o por lo menos no afectaba de forma negativa sus características morales. Ello era reiterado para indicar el carácter civilizado de los criollos del altiplano y de otras tierras altas de la patria.

Para alguien como Caldas, si las diferencias climáticas y físicas, que los viajeros y exploradores reportaban en el contexto colonial, eran evidentes, por qué no afirmar que éstas tienen que ver con las diferencias morales, “Esta asombrosa variedad de producciones, de temperaturas y de presión, en lugares tan poco distantes, es preciso que haya influido sobre el carácter y las costumbres de los pueblos que habitan la basa de la cordillera, o sobre ella” (Caldas 1808: 21). El racialismo sustentó el proyecto colonialista de los europeos con otros pueblos o de los criollos con su misma patria, a partir de esta conexión entre lo físico y lo moral, que por medio de ciertos “datos de campo” aparecía como incuestionable en un ejercicio retórico para el convencimiento del lector. Además, la correspondencia entre diversidad de la naturaleza y diversidad moral se relacionaba con la idea de civilización no sólo porque ésta era dispuesta en una naturaleza particular, sino porque la civilización era concebida en oposición al “estado de naturaleza”, y la degeneración, como pérdida de civilización, sería el descenso hacia el salvajismo. La distinción entre civilizados y bárbaros era naturalizada también al evidenciarla en los rasgos somáticos. El civilizado, desde las apreciaciones estéticas de los criollos, se caracterizaba por una belleza física, unas facciones y color de piel agradables, mientras que la degeneración hacia la barbarie y el estado de naturaleza de ciertos indígenas y

negros, de los zambos, mulatos y “tribus errantes” se hacía evidente en el oscurecimiento de la piel y en las facciones toscas y salvajes.

Así, la primera gran división que plantearon los naturalistas criollos provenía de la imagen de la civilización. Para ellos, en el Nuevo Reino habitaban pueblos civilizados y tribus salvajes o bárbaras, cuyas diferencias eran fácilmente distinguibles: las primeras daban muestra de las características de la civilización, de humanidad y de una vida social bajo ciertas leyes y costumbres, mientras que en oposición a éstas se encontraban las tribus errantes que, aunque humanas, se diferenciaban minimamente de los animales por su escasa vida social. Los pueblos civilizados se dividían en las tres grandes razas: los criollos o europeos -por supuesto para un criollo éstos estaban en igualdad de condiciones a pesar de la tierra en que hubieran nacido- los indios y los africanos o negros. Cada una de estas razas a su vez se distinguía por su grado de civilización en el orden anterior de superiores a inferiores; cuando Caldas calificaba a los indios o a los negros de civilizados, era porque a su juicio éstos contaban con ciertas leyes o costumbres, lo cual no negaba que se pudiese afirmar que unas eran menos civilizadas e incluso bárbaras frente a las de los criollos. Aunque los negros e indígenas eran ubicados en una escala inferior, para Caldas el punto más bajo en la escala de los pueblos del Nuevo Reino lo ocupaban los mezclados, los no puros, aquellos que no podían ser clasificados fácilmente. Esta posición de lo mestizo, que contrastaba claramente con el lugar que se le asignaría en el orden nacional, obedecía a lo que éste significaba para un orden tan rígido y estamental. El mestizo implicaba la fusión entre razas y la imposibilidad de determinar claramente las diferencias. Por ello, el mestizaje implicaría más adelante un refinamiento de las formas de diferenciar.

La disposición de estas tres razas y sus distintas mezclas en los pisos térmicos conduciría a una clasificación jerárquica más detallada. Sin embargo, como he señalado, la oposición más importante era entre las tierras altas-frías (montañas y altiplanicies) y tierras bajas-ardientes (en cuyo menor nivel estaban las selvas). Sobre las montañas Caldas no escatimó en adjetivos positivos para calificarlas: allí se había asentado y desarrollado “felizmente” la civilización y desde sus alturas brotaban los manantiales de aguas puras que renovaban la constitución física de los hombres. De estas alturas Caldas descendió hasta las selvas, el punto más bajo de la jerarquía climática, el lugar de las tribus errantes y la barbarie, donde a su juicio, por ejemplo, el agua no purificaba sino que al extenderse sobre todas las tierras la humedecía a un punto exagerado que no era propicio para los hombres. Esta oposición climática se refería en conjunto, cuando hablaba de lo alto y lo bajo, a la visión colonizadora y civilizadora, y de lo frío y lo ardiente a la visión del clima

influyendo en las pasiones, la imaginación, la violencia y el conocimiento de los hombres.

Así, los “países andinos” constituían “la zona tórrida del corazón humano, el termino superior donde ha llevado el hombre la cultura y los ganados” (Caldas 1807: 158), donde vivían los criollos y los indios de los Andes con costumbres moderadas y ocupaciones tranquilas. En los “países ardientes”, por el contrario, habitaban los indios de las costas, los errantes, los mulatos, los zambos y negros, guiados por el salvajismo, las pasiones, la agresividad y los vicios. Esta división, sustentada en las distinciones y categorías de la civilización, se conjugó además con el escalonamiento de pueblos que Dios había dispuesto en la creación del orden natural. Entre las tierras altas y las bajas se presentaba una escala similar a la del ascenso y descenso del cielo al infierno. La topografía civilizada quedó así ligada a una topografía moral (Taussig 1989) de la cercanía a Dios.

Después de la independencia esta visión de la diferencia poblacional y espacial continuó sin mayores cambios, aunque la perspectiva climista, sustentada en el hipocratismo, fue haciéndose menos viable frente a la oposición entre naturaleza y hombre, y, por ello, su invocación fue cada vez más retórica.

La referencia a las tres grandes razas no desapareció del escenario nacional como una forma de taxonomizar las diferencias internas. Desde Caldas la gran mayoría de los letrados compartían una visión similar sobre la raza. Esta era una categoría que en el siglo XIX trazaba una historia natural, moral y civilizadora de diferentes troncos o linajes de lo humano, que representaban las razas. En la visión colombiana ello era reiterado con el origen compartido, la monogénesis, que planteaba el cristianismo, y desde la cual se habían desprendido tales troncos. “Aunque todos los hombres, como lo demuestra la historia natural y la lingüística y lo enseña la revelación, tienen un origen común, los hallamos divididos en muchas familias y razas, que pueden ordenarse en cuatro clases: Caucásea o Blanca, Mongólica o Amarilla, Etiope o Negra, y Malaya” (Arboleda 1872: 18). Aquí se nota también la relación de esta categoría con el colonialismo y su geopolítica. A esta visión se sumaría cada vez más un mayor detalle de la composición física, que no se reducía al color de la piel, aunque no en el sentido biológico de principios del siglo XX.

La oposición entre civilización y barbarie fue ampliamente resaltada por la élite letrada nacional en las décadas siguientes a la independencia. Esta élite situaba las tres razas en una escala jerárquica muy similar a la planteada por Caldas, aunque progresivamente los indios reducidos comenzaron a ser incorporados más claramente como parte de lo nacional (cf. Safford 1991; Ver García del Río 1829; Lleras 1837; Zea 1822). La utilización de esta oposición civilización/barbarie co-

braba sentido en una visión del gobierno democrático y a la vez aristocrático que nunca dejó de ser corriente en el siglo XIX. Esta visión determinaba abiertamente el poder del gobierno en unos pocos por sus capacidades civilizadas que eran además racializadas. Lo bárbaro estaba particularmente racializado hacia lo negro y sus derivaciones zambas y mulatas, concebidas como poblaciones revoltosas y conflictivas. En suma, sólo a los criollos de descendencia europea, fisonomía blanca, carácter ilustrado, vida de virtudes, índole imaginativa y racional, moral ejemplificante y costumbres refinadas, era adjudicado el ejercicio del gobierno.

Los descendientes de los europeos son los que predominan, los que dan el tono a la sociedad y han promovido y llevado a cabo la regeneración política (García del Río 1829: 109)

De raza europea somos los criollos que trabajamos por hacerle [a la civilización cristiana] progresar. Los africanos, cuando eran esclavos estaban en contacto con sus señores blancos, pero no adquirían sus cualidades. Libres, han vuelto a ser lo que eran en África. Si la libertad tiene algo que esperar en estos países, es de los criollos [comprendiendo los mestizos, en que predomina la sangre europea]. Los criollos son únicamente los que han manifestado instintos favorables a la libertad y a la civilización; los que poseen las calificaciones que indican aptitud para tener parte fructuosa de la cosa pública. (González 1836, en Rojas, 2001: 123).

Esto, de nuevo, demuestra la incapacidad de gobierno de la élite nacional, al tener que insistir constantemente en quién tenía la posibilidad de gobernar y quién no.

Por otro lado, la imagen de un componente bárbaro era reiterada por la élite letrada para explicar las revueltas constantes en que se veían inmersas las nacientes republicas. El carácter bárbaro era adjudicado así a negros, indios e incluso al pueblo bajo, como el artesanado, y a mediados de siglo a los liberales radicales. Sin embargo, a esa barbarie, particularmente a los primeros, había que incorporarlos dentro de la perspectiva nacionalista

El cuadro que a grandes rasgos acabamos de trazar, se modificaría sin duda mucho con la exposición de los detalles; pero en el fondo quedaría siempre el mismo. De él resulta que en América luchan dos elementos: la civilización y la barbarie; y que la primera, ora por nobleza, ora por debilidad, ha abdicado el poder en la segunda. Cualquier empero que sea la fuerza del elemento bárbaro, la civilización debe recobrar muy pronto su centro y su prestigio; pues no hay fuerza ninguna que pueda dominar permanentemente sobre el poder irresistible de la inteligencia. Trabajemos este y afanémonos porque esta restauración no se retarde; y una vez la civilización en el solio, seamos activos y eficaces en aniquilar la barbarie; mas

no como en Buenos Aires con el sable y el cañón, sino con la doctrina y la enseñanza. Eduquemos a los bárbaros, acomodándolos a un régimen conforme a sus respectivas circunstancias (Arboleda 1867: 98).

No obstante, como señale atrás, a finales del siglo XIX, la barbarie era ubicada aun más en las poblaciones realmente marginales en el orden nacional. En términos generales, las otras poblaciones, tipos humanos, mestizos y regionales, aunque podían ser pensados desde la civilización y la barbarie, eran tipos civilizados, domesticados e incorporados.

Aunque inicialmente la permanencia de lo blanco, lo negro y lo indio, como categorizaciones raciales centrales, demostraba cierta reticencia hacia lo mestizo y la insistencia en un orden rígido con lo blanco criollo como centro de poder (Zea 1822), su continuidad a lo largo del siglo XIX se debió a diferentes razones. Es posible identificar la preeminencia de esta taxonomía en textos publicados con un especial énfasis hacia el público europeo e hispano (Zea 1822; Lleras 1837; Pérez 1865; Arboleda 1867), puesto que permitía generar una conexión mayor entre la élite nacional y sus considerados semejantes europeos. Pero también demuestra la centralidad de la clasificación racial básica en el mundo moderno y cómo ésta era adoptada indiscriminadamente por los letrados nacionales, siguiendo el lenguaje occidental-cientificista de lo negro, lo indio y lo blanco. Pero aun más, ello fue una forma de mantener una distancia radical interna entre las tres grandes razas. La visión de Arboleda (1867) es clara al respecto. Él continúa con la imagen del criollo-blanco imponiéndose sobre las otras razas.

La preeminencia de lo indio y de lo negro fue también evidente en el manejo y la división interna de la fuerza de trabajo. La esclavitud y su desmonte y el problema de los resguardos de indios fueron determinantes en el manejo de la población considerada india y negra (Codazzi 1851; 1855; Samper 1861). Ambas eran la fuerza de trabajo más importante en determinadas provincias del país. Lo negro aparecía como población problemática, en tanto conflictiva y a la vez caracterizada como una fuerza física importante para los trabajos pesados en la tierra caliente y en las regiones de frontera (Codazzi 1855; Pérez F. 1865; Pérez S. 1855; Samper 1861). Aunque considerada bárbara y en estado de naturaleza, en claro contraste a lo blanco (Pérez 1855; Ilustración 7), lo negro resultaba también asociado al trabajo servil doméstico, agrícola o minero (Arboleda 1867; Ilustración 8); claro que siempre visto como necesitado de dirección, por su carácter por fuera de la esclavitud, “El negro sufre las penalidades, pero es flojo para el trabajo, y, siempre desconfiado, no quiere conocer sus verdaderos intereses, ni los conocerá, hasta que otra

raza trabajadora e inteligente le enseñe prácticamente el modo de enriquecerse exponiendo en otra actividad” (Codazzi 1855:85).

Lo indio era valorado como la mano de obra más importante para la agricultura en las tierras altas, como el altiplano o las montañas caucanas, pero su vida en comunidad, su indolencia, su fanatismo y su falta de iniciativa también la hacían objeto de críticas y de políticas de incorporación (Arboleda 1867; Codazzi 1851, 1855, 1858; Samper 1861). En suma, lo negro y lo indio eran representados en claro contraste a lo blanco, en el nivel local y nacional, dentro de las divisiones naturalizadas de la índole y genio de las poblaciones (ver ilustraciones 8 y 9).

Por otro lado, la insistencia en las tres razas, se convirtió en una vía para señalar y clasificar a las distintas poblaciones, aun si fueran mestizas. Desde mediados de siglo, la oposición entre las tres razas no remitía a la división anterior entre élite criolla-nacional y los otros internos. En lo local primaba la diferenciación racial, como una forma segura por el extendido racialismo de marcar jerarquías. En el escenario nacional, lo importante era ver si esta diferenciación era superada por identidades locales o regionales compartidas para ser en la unidad de la nación. Lo negro, lo blanco y lo indio servían como estrategias descriptivas del pueblo en lo local junto con otros marcadores para resaltar la diferencia (Ancizar 1853; Codazzi 1851, 1855, 1858),

La población se compone del 33 por 100 de blancos, en quienes residen la ilustración y cultura, el 27 por 100 de mestizos que forman escalón intermedio, y el 40 por 100 de africanos, cuyo lote es el trabajo físico, y su patrimonio la inalterable salud en medio de las ciénagas y ríos, sean cuales fueren las intemperies que sufran. El tipo masculino de los primeros es el joven voluble, vestido a la ligera con chupetín o chaqueta de lienzo y casaca los domingos, dedicado al comercio, atento, despejado, bailador y poco instruido, salvo en requiebros y galanteos; el femenino es la damita de proporciones delgadas, aspecto débil, modales pulcros, talle flexible y profusa cabellera, en el vestir muy aseada y elegante siguiendo las modas francesas, en el trato llena de amabilidad e ingenia, sobremanera sociable y cariñosa, pero siempre recatada. La música y el baile son su vocación, y rara es la casa donde al caer la noche no suene un piano con las marcadas candencias del valse, o una harpa maracaiba, o por ventura dos voces de timbre juvenil unidas para cantar trovas de amor. En los mestizos se manifiesta el tipo local, completamente criollo desde el traje hasta el alma: los hombres de mediana estatura, sueltos y ágiles, vistiendo pantalón de dril y camisa blanca, sombrero de nacuma excesivamente pequeño y nada de ruana; zapateadores, tipleros y enamorados, un tanto afectos a la botella y al juego, pero trabajadores y de índole buena, sin modales ni lenguaje descompuestos, como los del boga que tripula los bongos en el

Zulia; las mujeres pequeñas, sabiendo que son bonitas y procurando lucir y ejercitar este don de gentes, el cuerpo bien repartido, limpio y ondulante, alegres y listas para cualquier lance y respuesta (Ancízar 1853, tomo II: 209 - 210).

En muchos casos, estas categorizaciones raciales superaban incluso la fisonomía básica de color de piel, pelo, composición corporal y facciones, para adentrarse en el detalle de lo mestizo, que podía ser visto como negro por su pereza, indolencia, fealdad, fuerza física, o como blanco por su ilustración, plena civilización, belleza física, vigor y disciplina para el trabajo. En este sentido, las regiones fueron también racializadas a partir de estas categorías raciales básicas (cf. II. 3.2).

Si bien el esquema entre civilización y barbarie permanecía como sustento de la diferencia poblacional, no ocurrió así con la oposición entre tierras altas y bajas en el conjunto de la unidad nacional. Esta división, relacionada con la civilización, fue utilizada ampliamente en las descripciones locales y regionales, pero perdió su exclusividad como esquema general en el conjunto nacional, sin llegar a desaparecer, “se puede decir sin exageración que las montañas de los Andes, que representan por su asombrosa grandeza y majestad sublime la bondad infinita de Dios, son en el mundo colombiano los mejores agentes de la civilización democrática” (Samper 1861: 340).

Cada región, cada localidad, era jerarquizada internamente desde la oposición civilización y barbarie. Las descripciones de la Comisión Corográfica, los informes geográficos y los relatos de viaje, partían de esta oposición (Ancízar 1853; Codazzi 1851, 1855, 1856, 1857, 1858; Pérez 1855): [la región] se puede dividir en dos grandes secciones características: la una que comprende las comarcas sometidas ya al dominio de la civilización, y la otra que aún se mantiene en el estado de salvajismo de los tiempos primitivos” (Codazzi 1858: 167) “[el estado] se compone de dos regiones separadas i completamente distintas entre si: la poblada i la desierta. La primera es larga, angosta i montañosa; i la segunda plana, ancha i riquísima en bosques i en aguas” (Pérez F. 1871: 91). En ella eran conjugados diferentes modelos de diferenciación. En primer lugar, el modelo civilizador, relacionado con un modelo colonizador orográfico del descenso y el ascenso. En éste, la incorporación a los centros de poder y su nivel de colonización y sometimiento eran determinados y naturalizados de las tierras altas a las bajas. Por otro lado, a partir de la diferenciación climática, tanto del climismo de corte hipocrático y de la climatología moderna, era generada una oposición entre tierras fría y tierras calientes y ardientes. Las primeras eran caracterizadas por una vida sana y organizada en torno al cultivo humano sobre la naturaleza. Allí los hombres tenían mayor disposición a la creación literaria, al gobierno y al control de las pasiones. Mientras que las segundas eran caracterizadas por su condición malsana y perjudicial para la vida humana, el

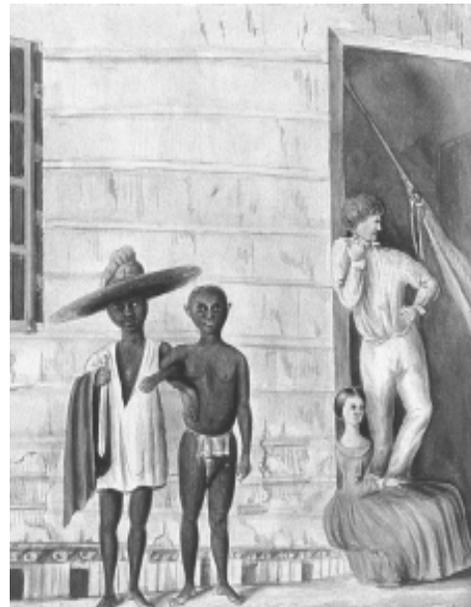


Ilustración 8

Fernández, Carmelo (1851). *Mujeres blancas. Ocaña.* En Ardila y Lleras (1985). Este cuadro marca un contraste claro entre los valores asociados a una fisonomía blanca y a una negra. Como muchos de los cuadros de tipos poblacionales, expone la diferencia de forma contrastante. Sin embargo, a ello no se reduce la importancia de este cuadro. En él, la atención estaba centrada en la caracterización de las mujeres notables y distinguidas de la provincia. En ese sentido, la mujer negra no hacía parte del título, no porque fuera negada, sino porque su papel estaba subordinado a la definición de lo blanco. La mujer negra era parte fundamental en la representación de las mujeres blancas como sirvienta, como un capital o un signo más de distinción o reconocimiento. Por ello aparecía en el cuadro, por cierto mirando al lado opuesto de las mujeres blancas, en un lugar claramente inferior por la construcción racializada de lo negro.

Ilustración 9

Paz, Manuel María (1853) *Aspectos de las casa de Novita.* En Codazzi (1855). El cuadro representa en claro contraste a la población negra y blanca en una zona de profundas tensiones coloniales, como era la minera Novita (Pérez 1855: 43-44). Los negros en el centro del cuadro, siempre semidesnudos como reflejo de su barbarie, mientras los blancos ataviados desde la casa, como si no hiciesen parte de la imagen. Evidentemente ellos estaban allí para la comparación y, a la vez, para evidenciar la presencia de habitantes civilizados en estas tierras que, aunque salvajes, habían sido domesticadas por medio de una economía extractiva. En las imágenes de la Comisión los negros bárbaros habitaban siempre las regiones de frontera, los valles ardientes y las selvas, y cuando hacían parte de pueblos y ciudades lo hacían incorporados como sirvientes o fuerza de trabajo civilizada (ver ilustraciones 7, 8, 10 y 12).



ímpetu y el poder de una naturaleza sin dominación, y unos hombres pasionales, violentos, perezosos e incapacitados para ciertas actividades. Este era un esquema interno similar al que existía con fuerza en el conjunto de la nación entre las tierras integradas y los territorios de frontera, como lo expresó el economista Miguel Samper (1867), hermano de José M^a, en su estudio sobre Bogotá:

Los que descubrieron y conquistaron esta parte de la América, encontraron la barbarie más completa sobre las costas y en las hoyas de los ríos, en tanto que las faldas y mesas de nuestra cordillera servían de morada a pueblos relativamente adelantados en civilización. Cerca de cuarto de siglos van transcurridos desde que ocurrió aquel hecho, y las cosas no han cambiado sensiblemente. (...) la población no baja de las faldas y mesas de la cordillera sino con lentitud y precaución, porque allí donde está la riqueza fácil, la muerte ha establecido también su imperio. Nuestras cordilleras son verdaderas islas de salud rodeadas por un océano de miasmas (13).

No obstante, todos estos esquemas se traslaparían con otros más cercanos al deseo nacionalizador. Éste se sustenta en la necesidad, o mejor, en la obligación de la fusión, la mezcla, la integración y la colonización. Para la nación no es posible pensar en lo aislado, lo separado, lo distanciado, tanto espacial como poblacionalmente. Las dos grandes tierras deberían ser interconectadas, con una colonización guiada desde las tierras altas. Las razas deberían fusionarse, para dejar de ser troncos o linajes distinguibles y generar una unidad de origen, un linaje común de lo nacional. Ésta, sin duda, fue una de las visiones más importantes sobre la nación, aunque no la única.

2. TIPOLOGÍAS, ECONOMÍA DE TRABAJO Y CONSTRUCCIÓN DE NACIÓN

A mediados de siglo XIX, la literatura, especialmente costumbrista y de viajes, y las representaciones pictóricas de la población estuvieron habitadas por figuras que intentaban representar al mismo tiempo la variedad y la unidad poblacional de la nación. Los *tipos* obedecían a una taxonomía confusa y elemental a la vez, cuyo mayor objetivo era clasificar las diferentes variaciones, muestras y ejemplos de lo nacional. El tronco común era la nación. La variedad indiscriminada era su siguiente nivel. Bogas, artesanos, cosecheros, criadas, indios, negros, mestizos, campesinos y notables, fueron algunos de los tipos humanos que convergieron en el común denominador de lo neogranadino. Los libros, relatos, cuadros e imágenes, de los que eran protagonistas, fueron expresiones de constantes encuentros coloniales. Los distintos países y paisajes de la nación fueron objetos de exploración y examen continuo por parte de viajeros, letrados y

naturalistas, a quienes se les requería para dar cuenta de las riquezas y posibilidades del territorio, las naturalezas y sus gentes (cf. Rozo 2001; Restrepo 1999). La economía agro exportadora, las relaciones de trabajo, el problema de la escasez de manos y la prosperidad material y moral marcaron la definición de los tipos neogranadinos. En este contexto, los tipos, en lugar de ser representaciones ideales de la población, contuvieron los deseos, los temores, los límites y las ambigüedades de las élites y los patrones sobre la fuerza de trabajo existente y requerida en la Nueva Granada.

2.1. DE LAS RAZAS A LOS TIPOS HUMANOS NEOGRANADINOS.

Con todo esto, no eran una excepción, sino las genuinas representantes de un género, o si se quiere tipo, harto esparcido en nuestro país, fácil de conocer y que bien merece fonógrafo e historiador especial.
Manuel Ancizar (1853, tomo II: 96).

Puede pasar como un asunto menor o inadvertido el cambio en el uso mayoritario de la categoría raza a la de tipo desde la década de los cuarenta en la Nueva Granada. No obstante, este cambio evidencia decisivas transformaciones en la forma de comprender la población, en la cual la nominación es fundamental.

La categoría raza podía aludir o no a una unidad de origen. Aunque en el siglo XIX colombiano el racismo no fue particularmente radical, y por tanto fue compartida la idea de una unidad de la especie humana, en el que las grandes razas eran sus derivaciones más significativas, la unidad entre razas resultaba ser algo tan abstracto que las distancias entre ellas eran rígidas e incuestionables. Como indique atrás, la división poblacional en tres grandes razas era concomitante con el colonialismo eurocentrista en el mundo moderno/colonial.

En este escenario, la categoría tipo iba más allá, siendo reiteradamente usada en un colonialismo interno, en el que el problema era definir las diferencias dentro de lo nacional. Si bien el tipo, como categoría de la diferencia, reiteraba la distancia entre poblaciones, siempre remitía a la pertenencia a la unidad nacional y a las semejanzas entre las poblaciones que contenía; eran “los tipos enteramente nacionales”, decía Rivas (1866: 171). Como la misma palabra lo indica, el tipo es la muestra, el ejemplo o la manifestación de un algo, en este caso la raza o el pueblo neogranadino. Incluso, la sola referencia a las grandes razas como tipos -negros, indios y blancos- evidenciaba una conciencia de lo nacional, en la que era resaltada la cercanía⁷⁷. El tipo

⁷⁷ La mayoría de los títulos de los cuadros elaborados en la Comisión Corográfica, contenían la palabra raza, no ocurre así con tipo, la cual era recurrente para catalogar las poblaciones locales (ver cuadros en Ardila y Lleras 1985).

indio, no tanto así la raza, era una derivación de lo neogranadino. Los tipos eran lo particular dentro de lo general y, como en el caso de lo neogranadino a mediados de siglo lo particular era lo variado, referían a diferentes poblaciones siempre conectadas o enmarcadas en un tronco de origen común. En ese caso, los tipos, desde la homogeneidad nacional, representaban la heterogeneidad. Una heterogeneidad que era especialmente fruto del mestizaje, de los cruces continuos de las razas madres. Los tipos eran, en general, figuras mixtas, productos de la mezcla, hombres y mujeres nuevas de un orden y un mundo nuevo; de un mundo con posibilidades, tendiente hacia su depuración y el progreso, en la visión optimista de mediados de siglo (Ancízar 1853; Samper 1861).

Así como en el nivel nacional los tipos representaban la variedad, en el nivel local exponían la síntesis de la población de una parroquia o un cantón. Los tipos en tanto modelos o ejemplares de un pueblo, se constituían así en figuras homogeneizadoras en medio de la diversidad. Sin embargo, como éstos emergieron de las exploraciones al territorio nacional, de los viajes de ascenso y descenso por las cordilleras, de la conquista de la tierra caliente y los valles profundos y del recorrido entre las parroquias, se hacían incontables. Con cada parroquia, con cada país y paisaje nuevo, un nuevo tipo surgía. Esta densidad era más evidente en las zonas más pobladas e integradas al poder central, como en general ocurría en la cordillera oriental (Ancízar 1853; Samper 1861). Así, aunque en líneas generales pueda ser identificado un modelo taxonómico poblacional, entre otros, centrado en la oposición orográfica entre el altiplano, la tierra templada y la tierra caliente, los tipos eran variados, algunos no estaban necesariamente adscritos a territorios específicos y no compartían un criterio común de diferenciación o semejanza. Para los letrados cualquier grupo poblacional “pintoresco” y con características comunes era merecedor de ser un tipo nacional. La clasificación de esta variedad, que valga decir emergía de la misma discursividad diferenciadora, constituía un reto para los letrados, “¡Cuántos y cuántos tiempos diferentes; ¡Cuántas variedades y medias tintas, en cuya distribución y clasificación podría lucirse un talento analítico y nomenclaturista!” (Caicedo 1866: 119). De allí que una lista completa de éstos fuese interminable y que en el mismo plano de “la gran galería de caracteres nacionales” (Rivas 1866: 171) aparecieran cosecheros, socorreños, neivanos, indios, criadas, bogas y notables, entre otros. A ellos se sumarían progresivamente los tipos regionales, como homogeneidades que abarcaban lo observado en el detalle explorador.

Como es evidente, los tipos constituían una taxonomía que, aunque pretendidamente clara y compartida por todos, no se basaba en criterios comunes, fijos y estables desde nuestra óptica clasificadora moderna. Éstos hacían par-

te de un primer ejercicio segmentador de lo nacional, en el que por medio de las palabras y del poderoso ejercicio de nombrar, se esperaba dar un orden y un sentido a lo que era percibido como diferente dentro de los límites de la unidad nacional⁷⁸. Por medio de la representación pictórica y escrita de los tipos, los letrados pretendían acercarse a la supuesta diferencia poblacional dentro de la nación. La diferencia interna existía porque así era expuesta y clasificada desde la representación y la definición que de ella se hacía. El mundo de lo disperso, de lo variado, lo contingente, lo incluso inasible, que constituía la diferencia, era real y posible en los discursos de la élite letrada por su misma presencia ordenada, naturalizada y fija en ellos.

De esta manera, los tipos de mediados de siglo eran concordantes con el ideal taxonómico de la episteme clásica y con su centralidad en la representación para la aprehensión del mundo (Foucault 1968). De allí surgió la primera historia natural, de donde provenía claramente la categoría de tipo⁷⁹. Ésta fue una unidad taxonómica ampliamente utilizada desde el siglo XVIII en la botánica y en la clasificación animal, y, por ende, trabajada para el reino de lo humano con la premisa de dar cuenta de un orden, estructura y jerarquía en la clasificación humana como en el orden natural. La historia natural ofreció las

78 Esa variedad es tan inmensa y tan lejana para nosotros, que nos resulta similar a aquella enciclopedia china descrita por Borges y que retoma Foucault (1968).

79 En general, la historia natural que surgió en el siglo XVIII con personajes como Linneo partía del principio de la unidad de la especie humana, de acuerdo o no a la premisa del origen divino. Con el paso del tiempo y la expansión de las diferentes razas en climas diversos, así como la distancia que algunas de ellas tomaron de los principios morales, se fue produciendo la variedad humana. Toda esta variedad estaba dispuesta en un orden natural que era a la vez moral, en tanto la naturaleza era una creación divina. La revelación y exposición de tal orden era la labor de los naturalistas (Mutis 1764). Por ello, la historia natural era una historia moral, que explicaba la degeneración o regeneración de las razas y la diferencia escalonada entre pueblos respecto a la cercanía con la civilización y el grado de moralidad, en relación a su vez con la ubicación orográfica y climática (Caldas 1808a; Unánue 1806; Zea 1822; Samper 1861; Arboleda 1867). Con la historia natural, dotada de la visión geográfica, el colonialismo pudo fijar-determinar espacios con razas particulares. Así, la composición y distribución de las razas era pensada desde la historia natural, justamente, como un hecho natural y palpable por medio de la observación científica. En esta historia el ensayo de *La geografía de las platas* de Humboldt fue determinante, puesto que veía la relación entre el desarrollo de las especies, su ubicación en la altitud y el conjunto del medio exterior. Si la historia natural estudiaba el origen, los cruces y el desenvolvimiento de las razas, no es de extrañar este comentario común: “Es notable cómo; han cruzado las razas en estos pueblos. Ya no se veía sino uno que otro tipo de las tres razas madres, la blanca, la indígena y la africana. Había hijas de Llano-grande muy agraciadas, indias de San Luis y de Coyaima, y morenas de Ambalema y sus cercanías. Para que no faltase nada qué desear estudioso de la historia natural, allí había dos o tres ingleses puros que paseaban por la sala en los intermedios o que observaban desde las puertas”. (Díaz 1859: 268 - 269). (cf. Gerbi 1982; Todorov 1989; Deléage 1993).

técnicas y los recursos para la descripción física detallada de las poblaciones, bajo el supuesto de que allí es posible encontrar la base rígida y certera de la diferenciación. Con la descripción física se intentaba naturalizar y fijar las diferencias en un terreno que aparecía incuestionable y evidente.

En este escenario, para los naturalistas, los dibujantes y los escritores de costumbres, los tipos requerían de una descripción rigurosa y fiel, porque, como unidades de una historia natural de continua diferenciación, eran elementos mixtos, complejos y con signos de variedad por doquier. Los tipos, a diferencia de las grandes razas complicaban, así, la diferenciación y su descripción. El atuendo, los rasgos físicos, las actividades y las posturas debían ser detalladas al máximo, porque de lo contrario no sería posible determinar la distancia entre los tipos y los linajes de origen de cada uno, los cuales eran elementos centrales de la clasificación⁸⁰. Además, estos signos de diferenciación debían dar cuenta del lugar de origen y de la posición social de cada uno de los tipos humanos neogranadinos. Particularmente, los tipos debían exponer los productos relacionados con su medio físico y sus actividades económicas. Las mantas, los sombreros, los pantalones, las herramientas, los productos agrícolas que cultivaban o transportaban, entre otros, no sólo diferenciaban espacialmente a los tipos, sino que además demostraban la variedad potencial para la producción económica y relacionaban posibles o existentes trabajadores con riquezas naturales (Ancízar 1853; Codazzi 1851, 1855, 1856, 1858; Pombo 1852; Pérez 1855). Esta variedad de elementos definía para pintores y escritores lo pintoresco de los tipos, lo que merecía ser pintado, lo que resaltaba a la vista.

Aunque fuera reiterado que lo pintoresco estaba ahí para ser pintado, sin intervención y con objetividad, era evidente que ello era una cuidadosa elaboración que intentaba sintetizar y homogeneizar en una sola figura toda la variedad observada. Guarín afirmaba que “con un calentano que describiera quedaran todos” (1859: 365). La descripción de tipos era realizada bajo este supuesto, el de poder capturar y reducir en una imagen condensadora lo observado, como similarmente ocurría en el ejercicio botánico (cf. Nieto 2000). De igual forma que en los cuadros de costumbres, las pinturas de la Comisión Corográfica reunían todos estos elementos de tipificación (ver ilustraciones 10 y 11).

De esta forma, los tipos humanos y regionales pueden ser analizados desde la categoría analítica de *estereotipos*, trabajada por Bhabha (1990b) como centro de los discursos coloniales. Los estereotipos, como imágenes de pueblos y culturas, se

80 Por tal razón, los escritores de costumbres advertían reiteradamente que su ejercicio era muy limitado frente a lo que podía capturar un pintor en sus lienzos (Ver en especial Guarín 1859; Páez 1866; Rivas 1866).



Ilustración 10
Fernández, Carmelo (1851). *Tipo africano y mestizo.* En Ardila y Lleras (1985).

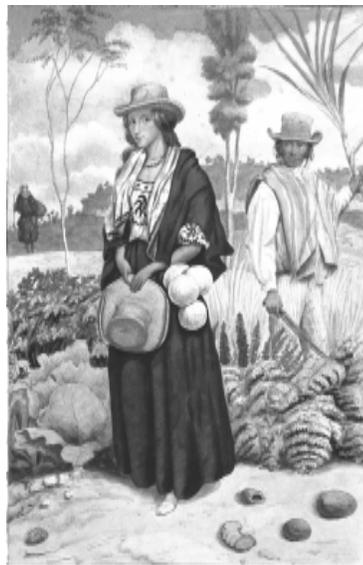


Ilustración 11
Fernández, Carmelo (1851). *Estancieros de las cercanías de Vélez. Tipo blanco.* En Ardila y Lleras (1985).

Estos dos cuadros, como gran parte de los de la Comisión, son elaboraciones-síntesis de tipos poblacionales. Estos eran cuidadosamente elaborados en talleres con base en bocetos de trabajo *in situ*. Nada en ellos era fruto del azar o de una mirada desprevenida (Restrepo 1999; Sánchez 2003). Los atuendos, telas y sombreros eran signos del lugar de origen. El cacao de la primera y la amonita de la segunda, sutilmente expuestos, eran imágenes de riqueza y curiosidades.

Hasta cierto punto estos cuadros pueden ser comparados con los de especies de la expedición botánica dirigida por Mutis (Nieto 2000). Al igual que las especies, los tipos eran imágenes típicas e ideales, con todos sus detalles posibles en exposición. Se podría decir que ambas elaboraciones son fruto de la extracción de su cotidianidad. Tipos y especies están dispuestos de cuerpo entero para el cuadro, para ser transportados y después examinados. La ilustración 21 demuestra con claridad como la tejedora y el arriero, representativos del activo Santander, aunque parecen en su cotidianidad, fueron extraídos sutilmente de ella. La mujer teje en un camino como si nada, mientras su semejante posa desprevenida.

No obstante, por el contrario a las plantas que eran fragmentos extraídos de su entorno, los tipos eran elementos vivos relacionados con su medio físico. Los tipos eran útiles en su espacio y por ser precisamente parte de uno. Los notables se desenvolvían en sus salones o en las calles, mientras que los posibles agricultores y campesinos, debían estar inmersos en las riquezas naturales que debían cultivar. Por ejemplo, en las ilustraciones 5 y 10 los hombres, africanos, mestizos e indios, estaban dispuestos en torno a riquezas cultivables como el cacao y el anís. Así, los cuadros eran imágenes condensadoras de poblaciones, naturalezas y territorios, como un conjunto de variables y elementos que con su variedad componen una unidad. Para Sánchez (2003: 111), ilustraciones como la 10, presumiblemente guiadas por el botánico Triana, contienen el postulado de Humboldt de “la fisionomía de la naturaleza”, el cual indica la variedad de formas contrastantes que se agrupan en zonas particulares. Presente o no tal postulado, en los cuadros o escritos la descripción paralela de tipos distintos reiteraba la diferenciación por medio del contraste. Un tipo, como una raza, siempre era definido en oposición a otro. Además, los pintores y escritores se preocuparon, la mayoría de las veces, por evidenciar la variedad poblacional de posibles trabajadores, apreciada como una riqueza de las provincias y cantones.

caracterizan por simplificar y tipificar, reducir a términos manejables para el observador las características culturales, y por naturalizar y esencializar los supuestos rasgos culturales fijándolos en el cuerpo, inscribiéndolos en “la naturaleza” de los grupos sociales. Así, el estereotipo delimita, ordena y hace escenificable un grupo poblacional.

2.2. ECONOMÍA POLÍTICA, TRABAJADORES Y COLONIZACIÓN

Es imposible e inútil elaborar un análisis detallado de los variados tipos humanos neogranadinos que fueron representados en las producciones visuales y escritas a mediados del siglo XIX. No obstante, en este trabajo escogí un conjunto de tipos que por su caracterización revelaban problemas centrales respecto al manejo y a la definición de las poblaciones para la formación del estado nación, en el marco del mundo moderno/colonial capitalista. La relación entre la economía política planteada a mediados de siglo, los sistemas productivos o extractivos existentes y el tipo de trabajadores requeridos, definió uno de los principales criterios de clasificación poblacional. Los trabajadores, los oficios y los patrones, fueron motivos recurrentes en la definición de tipos humanos⁸¹. Por ejemplo, casi la tercera parte de los cuadros elaborados para la Comisión Corográfica representaban tipos trabajadores, de hombres y mujeres en sus oficios y en sus contextos productivos. Ello porque la Comisión leyó a la nación desde sus capacidades para la producción y extracción de riquezas naturales y la elaboración de determinados productos. A lo cual se sumaba su ánimo eminentemente etnográfico tanto en las descripciones paralelas como en los informes del propio Codazzi, en particular sobre los indios. Sin duda, allí la población aparecía como un problema estatal, particularmente por sus capacidades físicas y sobre todo morales para una vida de trabajo.

Los tipos que analizo a continuación fueron representados en un contexto problemático de “escasez de mano obra”, relacionado, además, con el aparente énfasis en el trabajo productivo, libre y voluntario, frente al fin de la esclavitud y el supuesto desmonte progresivo de las relaciones serviles de trabajo. Los tipos de trabajadores dan cuenta de dicho escenario, en el que las élites letradas manifestaban los deseos y temores sobre los trabajadores, así como la conveniencia de una

81 En la obra del reconocido pintor de costumbres Ramón Torres Méndez también se puede encontrar un número considerable de cuadros de tipos poblacionales, la gran mayoría referentes al tema abordado en este capítulo: tipos de calentanos, de gentes del interior, de damas y caballeros santafereños, de campesinos de tierras altas y de oficios -aguadores, marraneros, cargueros, arrieros, carniceros y vendedores, entre otros- fueron retratados por Torres (ver laminas en Sánchez 1989, páginas 129 a 171).

“semiservidumbre” (Palacios 2002b)⁸². Ello constituía la economía política imperante en la mayoría del país: una búsqueda de la maximización de ganancias, sin incidir necesariamente en la mejora de la productividad y las condiciones de trabajo, determinados más bien por “el deseo civilizador” y el normalizador de lo nacional (Rojas 2001; Palacios 2002; Kalmanovitz 2003). En este escenario, la “escasez de brazos” y la representación ideal del buen trabajador campesino (cf. I/3.2) fueron también estrategias en los textos para juzgar a los pobladores rurales y validar las formas de dominación laboral existentes y el sometimiento cultural y moral a los patrones de normalización nacional.

Todo lo anterior fue posible por el racismo. El trabajo físico en general fue asociado a cuerpos racializados como no blancos, mientras que la producción intelectual era restringida a lo criollo. Así, la variedad poblacional aparecía como diferenciadora jerárquica de trabajos y oficios,

Esta completa desigualdad que bajo todos aspectos se encuentra entre los hombres, mantiene el orden y la armonía en la sociedad: ella es la que proporciona la división del trabajo, y con la división del trabajo, el comercio en fin, ese tejido de intereses que traba todos los negocios humanos y mantiene ligados a los individuos y a las naciones para el progreso de la civilización es así como se cumple la gran ley de la variedad en la unidad (Arboleda 1867: 174).

La división interna del trabajo y el énfasis en constituir una economía agroexportadora provenían de la constitución de una economía mundo capitalista, en la que la Nueva Granada era ubicada como nación periférica extractora o productora de materias primas. Las élites nacionales aceptaron y validaron tal posición, en tanto situaban a Europa como centro del mundo industrial e ilustrado y reforzaban la imagen de una América tropical e inculta. Esta división internacional era proyectada dentro de la nación. Las élites nacionales se posicionaron como europeodendientes, productoras de conocimiento y habitantes de tierras frías, mientras que la tierra caliente, en general, era el escenario de tipos humanos y naturalezas que debían ser domesticadas para la producción agrícola y minera.

A mediados de siglo, tomaron fuerza proyectos colonizadores del territorio y las poblaciones, particularmente en las fronteras provisionales cercanas a Bogotá (Pa-

82 Kalmanovitz (2003: 217) calcula que hacia 1870 cerca del 1% de la población controlaba aproximadamente al 50% de la población censada, por medio de prácticas como el arrendamiento.

lacios 2002b). Las clasificaciones y categorizaciones poblacionales tenían lugar en la relación conflictiva que en este contexto se daba entre letrados, patronos -algunos también letrados reconocidos- y pobladores nativos. Los proyectos colonizadores marcaron la diferenciación espacial y poblacional⁸³. Los tipos fueron ubicados jerárquicamente en la diferenciación del “anfiteatro” (Samper 1861), del ascenso y el descenso por las cordilleras, donde la variación climática, y de las actividades productivas determinaba la diferencia poblacional. Desde la perspectiva geográfica, climática, naturalista y económica, “el medio físico” fue constituido en una categoría explicativa central de la diferencia a mediados de siglo. Ésta se refería a un compuesto paisajístico-poblacional, en el que intervenían diversos elementos como el clima, la altura, los sistemas productivos, el trabajo, el nivel de vida industrial, la prosperidad y la higiene. A diferencia de la concepción climática de principios de siglo (Caldas 1808), en el medio físico es clara la separación entre los cuerpos individuales y el entorno, que por ello mismo aparecía como medio. Desde esta perspectiva el hombre, su cuerpo y su alma, no estaban inmersos fluidamente en el clima, sino que como ser en el espacio hacían parte de un medio particular que los iba moldeando al paso de las generaciones. Por ello, la incorporación del hombre en el medio físico era un hecho del saber histórico y en especial de la historia natural⁸⁴. La jerarquización y naturalización de las diferencias era viable con la idea del medio físico, porque se insistía en su inmensa variedad, por la misma variedad de los elementos, paralela a la diferencia poblacional (Ver en especial Ancizar 1853; Codazzi 1851, 1855, 1858; Samper 1861; Vergara y Velasco 1892).

La división que presento a continuación sigue esta diferenciación espacial-poblacional del medio físico del altiplano a las tierras calientes, explorando asimismo las representaciones tejidas sobre la colonización.

83 Allí el poder colonial interno inventó sus propios otros desde estrategias propias de los discursos coloniales, los cuales crean la otredad como una entidad distante y desconocida, pero que a la vez es clara para la mirada colonizadora (Bhabha 1990b). Ello se evidenciaba ampliamente en los relatos de viaje, o los textos que seguían este tipo de narración, como producciones eminentemente colonialistas surgidas de zonas de contacto (Pratt 1992).

84 Sin duda alguna, en esta conceptualización del medio físico de los pensadores de la segunda mitad del siglo XIX estaban presentes las ideas de Humboldt sobre *el medio exterior*, las cuales estaban marcadas por la imagen de la cordillera y el ascenso y el descenso por ella. Para Humboldt los cuadros de la naturaleza o las unidades de paisaje se diferenciaban claramente con el cambio de altura; así lo sintetizó en su reconocida imagen de la montaña, inspirada en el Chimborazo (Castrillón 2000).

LOS INDIOS COMO TIPOS. INDIOS CHIBCHAS Y CAMPESINOS DEL ALTIPLANO

Durante la segunda mitad del siglo XIX, el altiplano continuaba siendo descrito como el centro simbólico y de poder de la nación colombiana. A diferencia de gran parte del territorio nacional, lo que comenzaba a ser visto como “la región andina” (Codazzi 1851, 1858; Vergara y Velasco 1892) y particularmente “el altiplano” o “el Reino” (Ancízar 1853) era apreciado como una tierra sana, bella y fértil. Esta visión la reiteraban los viajeros con sus juicios estéticos y sensibles. En el altiplano se respiraba un aire tranquilo y se regocijaban los sentidos, ante la presencia de un paisaje domesticado y cultivado de vieja data (Ancízar 1853; Caicedo 1883). Como era corriente, lo bello y lo sano daban cuenta de un paisaje civilizado y de una ecología ordenada en torno a la labor del hombre. Como detallé en la primera parte, dicho paisaje del altiplano estaba, además, dotado e imbuido de una historia civilizadora, que le adjudicaba un lugar privilegiado en los relatos de origen de lo nacional. Los viajeros y geógrafos encontraban rastros de una historia de gloria por doquier (Ancízar 1853; Codazzi 1851, 1858). Las impresiones agradables que causaba el paisaje del altiplano y en especial de la sabana de Bogotá se debían también a la panorámica de una red de pueblos interconectados, que en su conjunto se tendían sobre el territorio, organizándolo y controlándolo. Una prominente vida moral, social y civilizada se desplegaba en estos pueblos. Estas tierras, a pesar de otras limitaciones, estaban destinadas a perpetuarse como centro de la nación,

No tiene, es verdad, rios navegables, ni llegan hasta ella los huracanes del mar; pero puede abrirse buenas vías mercantiles i tiene afianzada su prosperidad material en la agricultura, i asegurado su progreso moral e intelectual en el estrecho vecindario de sus habitantes, no divididos por serranías, ni diseminados en un área ingrata y solitaria, sino formando, como si dijéramos, una cadena continua de seres humanos, bien dispuesta para la transmisión i la propagación de las ideas. La planicie bogotana será, pues, siempre un foco de ilustración y un centro de nacionalidad (Codazzi 1858: 252).

En las miradas homogeneizadoras del viaje o de la geografía circunscrita al ordenamiento territorial, esta visión se extendía en términos generales por la cordillera oriental, por el Estado de Cundinamarca y de Boyacá, y en menor medida por el de Santander (Ancízar 1853; Codazzi 1851, 1858). Igualmente ocurría con los pobladores rurales y el pueblo bajo. En las descripciones del altiplano cundiboyacense había una tendencia marcada a presentar una imagen homogénea de sus habitantes subordinados, como indios o mestizos claramente descendientes de indios chibchas. El indio de descendencia chibcha aparecía como tipo de la nación, como una muestra poblacional del pueblo neogranadino y del pueblo bajo del altiplano. Éste fue el indio valorado con más fuerza como tipo nacional: uno civilizado, adoctrinado y

sometido por las instituciones eclesiásticas y políticas, coloniales y nacionales, y que podía pasar como parte del pueblo católico mestizo (Díaz 1859, 1860). Allí era evidente que no surgió un tipo regional en el que se cobijaran élites criollas e indios (cf. II/3.2). La misma catalogación de indios o mestizos de indios era reiterada por la élite letrada urbana, para generar una distancia naturalizada y evidente entre ellos y el pueblo bajo del altiplano. La fisonomía racializada como india, en el pueblo bajo, entraba en directa oposición con la blanca de las élites. El poblador rural o pobre, indio o mestizo, era claramente reconocido por “su color bronceado, su pelo liso y corto, sus ojos pequeños y tristes y por un rezago de la pronunciación nacional de los muiscas, que todavía se flota en los pueblos de la Sabana” (Díaz 1859: 114; ver ilustraciones 4 y 5). Sin embargo, esta insistencia en lo indio se convirtió en un valor poblacional que, aunque proveniente de la apariencia física, la sobrepasaba. Por tal razón, las descripciones de pobladores claramente mestizos se deslizaban entre lo blanco o lo indio, según el rasgo que iba a ser resaltado (Ancizar 1853; Díaz 1859). Por esto mismo, descripciones positivas del altiplano, como la de Ancizar, blanqueaban de forma significativa a su población, en tanto lo blanco que componía a lo mestizo no sólo era signo de una mejor composición física sino de unos valores morales y sociales.

Blanco, indio o mestizo, o, mejor aun, mestizo blanqueado de descendencia india, el pueblo del altiplano se constituía en un modelo poblacional de trabajo, en especial agrícola, de sumisión, de una vida católica y de posible normalización,

Las fisonomías llevan el sello indígena, o manifiestan los contornos regulares y el firme colorido de la raza blanca de los Andes; el acento, el ademán, el saludo respetuoso y el tratamiento de **sumercé** dado a las personas notables, manifiestan que se ha entrado en tierra **del reino**. (Ancizar 1853, tomo II: 226).

Mucho más bellas, robustas é inteligentes que las de las costas y los valles ardientes; razas laboriosas, fraternales hasta el socialismo, dulces y hospitalarias, susceptibles de todo progreso, de una regeneración ó modificación fácil y fecunda, con tal que el régimen de colonización no las contrariase nunca (Samper, 1861: 29).

De esta forma, esta población laboriosa del altiplano estaba signada a colonizar las tierras calientes (Restrepo 1870; Samper 1861; Vergara y Velasco 1892). Pero más que la población, era toda la imagen del altiplano, de las tierras altas, como un conjunto territorial-paisajístico-poblacional, la que emergía como centro desde el cual la civilización y la nación debían ser irradiadas por medio de la colonización. Cuando los viajeros y los expedicionarios comenzaban a alejarse del altiplano y desde algún alto admiraban con asombro y algo de temor las tierras bajas y calientes –las cuales emergían en parte de esta perspectiva del viaje y de la panorámica–,

aspiraban a que lo que dejaban atrás, bajará y se replicará con profusión (Codazzi 1856; Pardo 1866; Restrepo 1870; Rivas 1889).

No obstante, el encuentro con la tierra caliente, el ideal de la prosperidad material y económica, la necesidad del movimiento comercial y humano, hicieron del altiplano y sus tipos descendientes de indios chibchas entidades problemáticas. La forma en que estaba estructurada la economía, la población y la vida social no parecían responder a los requerimientos de una civilización progresista y una economía agroexportadora y comercial, a los ojos de letrados impulsores de estos proyectos (Ancízar 1853; Samper J. 1861; Samper M. 1867). La imagen que se tejió del altiplano desde mediados de siglo fue la de una zona anclada en el pasado. Lo colonial era usado como metáfora para describir y pensar la zona. En ella se vivía todavía en un ambiente colonial de atraso, pobreza, opresión, oscurantismo, fanatismo y quietud. De igual forma, era descrita la población. Los pobladores del altiplano, y en esto eran reiteradamente presentados como de tipo indio, eran indolentes, pobres, estacionarios, sucios, fanáticos y estúpidos, a la vez que sumisos y religiosos,

La masa de la población andina (puramente indígena) es notable por su carácter paciente y laborioso, su sentimiento religioso llevado hasta la idolatría y la superstición más grosera, su carencia de todo instinto verdaderamente artístico, su amor a la vida sedentaria, a la inmovilidad y la rutina, su humildad llena de timidez, su malicia disimulada, que tempera un poco la estupidez relativa del Muisca (...) dulzura en la impasibilidad, fuerza de inercia, aislamiento casi egoísta, desconfiado, espíritu conservador absoluto, inmovilidad moral, vida sedentaria, caracteres pasivos, superstición religiosa y aun fanatismo, poca inteligencia, fuerza física que soporta un peso, pero sin arranque, ni pasión, ni rapidez (Samper 1861: 316, 326).

La pobreza y la ausencia de progreso son evidentes para los letrados en la suciedad y lo feo de poblados y pobladores que contrastaba con la belleza y la sanidad de una vida industrial y de prosperidad. La visión estética e higiénica calificaba la falta de productividad, movimiento y agilidad en el trabajo como algo evidente en la composición física y en la apariencia corporal de los habitantes de la altiplanicie (Samper 1861; Ancízar 1853). La ruana, pesada, sucia y encubridora (Caicedo 1857; Ancízar 1853) era por eso el traje peculiar al indio del altiplano.

Estas descripciones del tipo indio eran una proyección de los cuestionados sistemas productivos y la vida económica y social de la colonia sobre las poblaciones campesinas del altiplano. A juicio de los letrados-comerciantes, en el indio o mestizo de la región se veía reflejado el sistema colonial, en contraposición con el movimiento y la agilidad de nuevos tipos y territorios “republicanos y progresis-

tas”, particularmente en las tierras templadas y calientes (Rivas 1889). Efectivamente, a mediados de siglo ya no eran necesarias almas dóciles, obtenidas por medio del trabajo físico, sino cuerpos ágiles para el trabajo y una vida moral. Frente a esta necesidad, lo estacionario como rasgo sintetizador del tipo indio del altiplano lo constituía en una población crítica⁸⁵. El clima frío y las instituciones coloniales habían sido determinantes en la vida estática de este tipo (Ancizar 1853; Samper 1861). En este argumento, en el que el clima afecta la máquina humana y por generaciones va definiendo una vida social diferenciada según los grados de calor, el frío aparecía como determinante de actitudes y comportamientos marcados por la pasividad, el encogimiento y la quietud, mientras que el calor en grado adecuado dilatava, excitaba, vivificaba y movilizaba para la actividad productiva y comercial.

El tipo indio del altiplano además de ser una figura elaborada a partir de la crítica a lo colonial, revelaba en su representación el deseo de dominación del colonizador y una negación del sometimiento que habían sufrido los indígenas. La obediencia, la sumisión, la poca resistencia y la fácil incorporación eran explicados como atributos de la población del altiplano que provenían del carácter de la raza de los chibchas, la cual provocó que se le tiranizara y doblegara (Samper 1861; Arboleda 1867). Los indios chibchas y sus descendientes estaban ahí dispuestos para la explotación y la dominación. Esta era la imagen que proyectaban el patrono y el colonizador sobre su fuerza de trabajo, para distorsionar una historia de conquista, negar la resistencia y validar formas de trabajo cercanas al servilismo (cf. Kalmanovitz 2003: 148-158). A pesar de esta sumisión, que aprobaba la relación hacendado-labriego, el tipo indio resultaba reservado, solapado, hipócrita (Samper 1861), “obtuso, terco, malicioso, desconfiado, sin entusiasmo, ni siquiera ímpetu” (Vergara y Velasco 1892: 966), en fin, un trabajador en el cual no se podía confiar, ni del cual se podían esperar grandes esfuerzos laborales.

Esta imagen, que servía para criticar a la pesada herencia económica y social colonial, promulgaba la incorporación definitiva de los indios del altiplano, por medio de la instrucción y educación (Rivas 1889, cf. I/1.1), la desintegración definitiva de resguardos y tierras comunales (Samper 1861) y la integración a la vida económica laboral y comercial (cf. Safford 1991).

85 La insistencia en lo estacionario propició la negación de una imagen de colonizadores de los pobladores del altiplano, quienes, paradójicamente, impulsaron los más grandes movimientos de colonización en la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX (Zambrano 1990). Las gestas colonizadoras de la tierra caliente no podían quedar en las manos de los inertes, pobres y pasivos cundiboyacenses, esto era un contrasentido. La colonización validada era la de las grandes compañías y los empresarios colonizadores (Rivas 1889).

TIERRA CALIENTE Y CALENTANOS

Los tipos humanos y paisajes de las tierras templadas y calientes cobraron fuerza en medio de los proyectos colonizadores del siglo XIX. La valoración sobre los tipos y paisajes dependía de su integración e incorporación a las tierras altas. En la primera mitad del siglo XIX, la tierra caliente aparecía como una entidad paisajística-poblacional que describía las tierras bajas, no integradas, despobladas y la mayoría de las veces salvajes del territorio patrio (Caldas 1807; Zea 1822; Lleras 1836). En este sentido, gran parte del país era tierra caliente y, como tal, juzgado negativamente. Este panorama cambiaría de forma significativa desde la década de los cuarenta. La necesidad de incorporar las tierras bajas a una economía agroexportadora de cultivos tropicales como la quina, el añil, el tabaco y el café, y la titulación de baldíos y los incentivos a la colonización como una forma de subsanar la crisis financiera postindependista (Le Grand 1988), propiciaron grandes oleadas colonizadoras, que poco a poco no sólo transformarían la organización productiva, sino los mapas de la diferenciación espacial y poblacional del país. Aunque gran parte del país era considerado tierra caliente, esta acepción, al igual que la del tipo calentano, operó especialmente sobre el alto Magdalena, los valles y llanos del Tolima grande, el piedemonte metense y los llanos de San Martín. Grandes hacendados, comerciantes y empresarios colonizadores -autoproclamados “los titanes de la industria” (Kastos 1858) o “los trabajadores de la tierra caliente” (Rivas 1889)-, relacionados con el estado, participaron en su colonización y sometimiento. En estos contextos y territorios, las representaciones sobre la tierra caliente y los calentanos jugaron un papel determinante.

En el descenso colonizador, las tierras templadas, una construcción climática-paisajística a partir de la cual eran resaltados y naturalizados los niveles de integración económicos, morales y sociales con el centro, aparecían como unas zonas intermedias, entre el altiplano y las tierras bajas, en la que los hombres y paisajes se destacaban por su profusión, riqueza y vigor, a la vez que domesticación (Ancizar 1853; Camacho 1866; Rivas 1889; Samper 1861).

La colonización inauguraba una nueva época para la república y se constituía en el mayor ejemplo del fin del régimen colonial. La colonización era valorada por ser un medio de integración económica, de implantación de poblados interconectados y de una vida industriosa. La privatización de la tierra era un requerimiento para cumplir tales propósitos y ésta a su vez sólo se conseguía por medio de la colonización de grandes colonos del altiplano (Díaz Escobar 1879; Restrepo 1870). Si todo lo anterior aparecía tan significativo, si la colonización era vista como una lucha sin cuartel, una cruzada civilizadora realizada por titanes y guerreros (ver en especial Restrepo 1870 y Rivas 1889), era porque ésta no sólo variaba la vida eco-

nómica de los territorios incorporados sino que se constituía en un medio de transformación de la naturaleza salvaje, los paisajes selváticos y desiertos, la ecología malsana y los habitantes nativos. Es decir, domesticaba y modelaba a los pobladores y sus territorios en torno a una vida civilizada, nacional y progresista.

La colonización era presentada como una forma de curar territorios que por su naturaleza estaban enfermos e inapropiados para el establecimiento de la civilización. La colonización era justificada por cuanto actuaba sobre territorios incultos, salvajes, inaprovechados y despoblados -de vida social civilizada, aunque evidentemente habitados por bárbaros-. Una ecología sana regida por el ordenamiento del hombre, era el propósito de la penetración de los titanes de la industria, con sus cultivos, ganados, caminos, peones y mercancías. El titán era aquel que “se fue a las montañas, mansión antes de enfermedades y de fieras, abatió los bosques, los cubrió de praderas, dio trabajo a la multitud, y entregó a la civilización del mundo y a la riqueza nacional esas grandes haciendas que fundo en la tierra caliente” (Rivas 1899: 145). La ecología sana, y por lo mismo bella, debía manifestarse entonces en la transformación de las selvas en campos. Paisajes labrados y aromatizados por los cultivos debían surgir de la colonización sobre las enfermizas selvas (Kastos 1858; Pardo 1866, Rivas 1889).

Las descripciones sobre los habitantes de la tierra caliente también justificaban la imagen de la colonización. Ésta debía ser realizada por los pobladores del altiplano, porque se argumentaba que en la tierra caliente no había la fuerza de trabajo suficiente ni adecuada para las labores agrícolas. “La escasez de brazos” aludía a la imagen elaborada de los calentanos como una población perezosa, indolente e incapaz para la vida laboriosa. Los calentanos eran percibidos además como un conjunto poblacional contrario a la imagen del campesino dependiente del trabajo y participe de redes de producción, mercado y consumo (ver ilustración 12). Esta imagen reflejaba el deseo de las élites y los patrones de replicar el sometimiento y la sumisión del altiplano en los cuerpos y almas de los calentanos, y su necesidad de establecer una economía de trabajo de semisevidumbre (Rivas 1866); a la vez que avalaba prácticas disciplinarias y normalizadoras sobre la población, por medio de la sujeción laboral y la regulación de la vida del peón, concertado o arrendatario (ver Díaz 1859a; cf. Rojas 2001).

La fogosidad, la pasión, el desenfreno, la violencia y el libertinaje eran otros rasgos imputados al calentano. Estos aparecían propios de la vida que se desenvolvía en las condiciones climáticas calientes y ardientes de estos territorios. En las fiestas populares y bailes calentanos la violencia siempre relucía al ritmo del aguardiente y el guarapo (Guarín 1859; Páez 1866; Pombo 1852). La materia y el alma se encontraban siempre excitadas y alteradas por la acción del clima. Aunque a la

vez, según el argumento que se estuviese exponiendo, el clima ardiente adormecía en un letargo extendido a los perezosos calentanos.

Si bien a mediados de siglo por el re-descubrimiento de la tierra caliente los calentanos no eran descritos en su totalidad como bárbaros, si eran representados como una población que estaba en los márgenes del control social y moral. No eran los salvajes errantes que estaban completamente por fuera de la civilización, pero su belleza, moralidad, higiene y apego a la sociedad -rasgos interconectados- eran calificados de una índole regular por no decir mínima. La ausencia de matrimonios católicos era un indicador de tal estado (Guarín 1859; Rivas 1866, 1889). El clima, la suciedad, la pobreza, la negativa al control social y moral, la ausencia de una economía de trabajo y mercado y la falta de instrucción, en suma, habían hecho del calentano un tipo liminal entre la barbarie y la civilización (Páez 1866; Rivas 1866). Para los viajeros y escritores de costumbres ello era evidente en la apariencia corporal y la fisonomía del calentano. En particular las condiciones climáticas influían en la bárbara semidesnudez, el desaseo, la fealdad, la palidez -signo de modorra y desidia-, la figura larga y escuálida, por la dilatación de las fibras, los calzones o pantalones blancos y el sombrero de paja -convertidos en signos naturalizados de diferencia- de los calentanos (Ancízar 1853; Guarín 1859; Rivas 1866).

Estas imágenes eran reiteradas como una forma de enfatizar en lo distinto de la tierra caliente frente al altiplano; los calentanos eran “en una palabra, una población enteramente distinta de la que ocupa las alti-planicies andinas” (Samper 1861: 326). Lo calentano era así una estrategia para definir, por oposición, los valores y virtudes de los habitantes de la altiplanicie. Como tal, el calentano era una figura colonial que surgía no del ideal objetivo de conocimiento sino de la apropiación y proyección de la identidad colonizadora (Bhabha 1990b); así, éste era constituido en una realidad fija, manejable y cognoscible, pero que a la vez era lo otro, lo desconocido, lo lejano y lo ambiguo frente al colonizador del altiplano. Por ello, el climismo emergía allí con fuerza como saber que naturalizaba y fijaba lo calentano en su físico, sus costumbres, desenvolvimiento y paisajes, desde sus visiones más radicales que retomaban al hipocratismo hasta la no menos fuerte climatología moderna (Caldas 1808; Zea 1822; Samper 1861; Rivas 1889; Vergara y Velasco 1892).

Sin embargo, el re-descubrimiento de la tierra caliente y su mayor integración económica y poblacional con la sabana Bogotá, a partir de las oleadas colonizadoras de mediados de siglo, incentivadas por los auges económicos en torno al cultivo del tabaco y la especulación con tierras, propiciaron un cambio en la imagen de la tierra caliente y los calentanos. La tierra caliente emergió como el escenario ejemplar de la vida republicana. Ésta era el nuevo espacio de lo nacional, de la esperanza y del futuro frente al colonial altiplano, y por tanto era posible como paisaje de

disfrute y descanso (Ancízar 1853; Camacho 1866; Codazzi 1858; Díaz 1859a; Páez 1866; Rivas 1866, 1889; Samper 1861). Los letrados-comerciantes la hacían ver como una tierra de libertades, en claro contraste al yugo feudal que todavía imperaba en el antiguo Reino (Rivas 1866, 1889; Samper 1861). La economía agro exportadora la hacía ver también como una tierra de riquezas y oportunidades para el progreso económico. Era además nacional por ser un espacio de encuentro, síntesis y mezclas de las variadas razas y tipos (ver ilustración 13). En la tierra caliente se encontraban en la búsqueda de la prosperidad las tres grandes razas, los mulatos, los zambos, los mestizos, los comerciantes antioqueños y los hacendados del altiplano, entre otros. De allí surgía un nuevo pueblo, que ya no se limitaba a los habitantes del altiplano, su fanatismo, quietud y oscurantismo. Sin embargo, todo estaba por hacer en la tierra caliente. Aunque ésta se constituía en la esperanza de la nación, este mismo planteamiento del futuro hacía obligatorio la civilización de pueblos y paisajes⁸⁶,

Quando la luz penetre en esos cerebros, llegue la escuela al bosque y la ciencia a las chozas, cuando los gobiernos colombianos se convenzan de que es necesario mejorar la condición de nuestros campesinos y cuidar de su salud para disminuir su mortalidad; cuando (...) se les eduque y moralice de un modo racional y cristiano, esa raza de imaginación brillante proveerá frutos exquisitos (Páez 1866: 102).

En el contexto agroexportador, los calentanos eran un importante tipo nacional. Éste debía ser moldeado para potenciar su fuerza para el trabajo físico, proveniente en algunos casos de su sangre africana y desarrollada en los climas ardientes, así como su adaptación a este medio, su imaginación, iniciativa, resistencia, cuerpo atlético, hospitalidad, pasión, libertad, agilidad y vigor. Como es evidente, en la medida en que era necesario enfatizar en las riquezas de la tierra caliente, entre ellas sus pobladores, para justificar su colonización, los mismos rasgos que aparecían antes o en el mismo nivel como problemáticos podían ser la base de un tipo valioso.

De allí se entiende la optimista descripción que Samper (1861: 89-91) hizo del tipo mulato de las tierras calientes. En él, Samper encontraba un mestizaje progre-

86 No sobra indicar que para finales del siglo XIX, con el declive del sistema agroexportador del alto Magdalena, y el progresivo auge de la economía cafetera y su colonización asociada, hacia los Santanderes, el viejo Caldas y parte de Cundinamarca, la tierra caliente decaería como un escenario importante de lo nacional, mientras que las tierras templadas y de vertiente serían posicionadas como ejes promisorios de la nación. Además, en buena parte, a excepción del eje cafetero, las tierras templadas entre codilleras tenían una historia más larga de integración económica y simbólica a los poderes centrales, como ocurría con aquellas cercanas a la sabana de Bogotá. De allí se entiende estas palabras a finales del siglo, sustentadas en la perspectiva de la climatología sobre que es lo normal, lo sano y lo enfermo respecto a las tierras, "El hombre normal es el de los climas templados, no sujetos a influencias extremas, y que a la vez puede plegarse á las dos; suya es, por esto la tierra entera" (Vergara y Velasco 1892: 411).

Ilustración 12

Torres, Méndez Ramón (1850). *Habitantes de las orillas del Magdalena*. En Sánchez (1987).



Los calentanos, en especial mulatos y zambos, eran representados como una población problemática, puesto que “su vida muelle” (Díaz 1879) era contraria a los principios de la integración económica, la civilización y la normalización nacional. Como muchos, Kastos explicaba este problema en la autosubsistencia en un texto que podía acompañar el cuadro de Torres: “*El habitante de las orillas del Magdalena, acostado en su hamaca, pasa largas horas del día perezoso y soñoliento (...) con el guarapo, néctar para el calentano, y el plátano, ambrosía para todo el mundo, completa un festín que ni siquiera han soñado los proletarios de Europa. Pero esa vida fácil, abundante, perezosa, enerva sus facultades, lo embrutece y lo degrada. Nace, vegeta, muere y pasa por la vida sin dejar huella ninguna, como los cuadrúpedos en sus bosques*” (1858: 308).

Ilustración 13.

Paz, Manuel María (1857). *Vista de la ciudad de Ambalema. Mariquita*. En Codazzi (1858).



A mediados de siglo, con el auge del tabaco, la dinámica y activa Ambalema era representada como un ejemplo de la vida republicana. Ella constituía una zona de encuentro comercial y poblacional. Aunque también representaba los riesgos de la industria en la deformación del pueblo nacional, como lo expresa Díaz (1859a) en uno de los capítulos de *Manuela*, titulado precisamente Ambalema.

Ilustración 14

Torres, Méndez Ramón (1849) *Lucha de bogas*. En Sánchez (1987).



La corporalidad y la fuerza del boga motivaron este cuadro, al igual que al texto de Madiedo (1866). En ambos se reflejaba la actitud ambigua ante el boga y su cuerpo: objeto de deseo y de fuerte repulsión a la vez. Otras láminas de bogas y champanes, pueden ser observadas en Sánchez 1989: 143, 19,160.

sivamente exitoso, entre lo mejor de las dos razas madres: lo orgulloso, heroico, caballeroso y moral del español, y la resistencia, fuerza física, fidelidad y servidumbre del africano. El mulato era la base del trabajo físico para el sometimiento de la tierra caliente. No obstante, su turbulencia y fogosidad hacían evidentes la necesidad de guiarlo y domesticarlo. La visión de Samper evidenciaba, en suma, un patrón, un deber ser, de mestizaje y normalización de la población calentana. Su descripción justificaba la colonización y la acción del gobierno de las élites nacionales y el control laboral y moral de las élites de hacendados y comerciantes locales.

Otros tipos, propiamente calentanos, permiten ver este deseo colonizador y normalizador nacional y asimismo lo particular de las relaciones de trabajo de mediados de siglo XIX. Tres de ellos son:

LA MUJER CALENTANA

Mientras que el hombre calentano podía ser a lo sumo objeto de admiración por su fuerza física o más bien ser tachado de feo y grotesco (Guarín 1859), la mujer calentana era elaborada en los relatos de viaje y cuadros de costumbres como objeto de deseo sexual y colonizador del letrado viajero urbano. Éste se presentaba maravillado por la belleza de la mujer calentana, de una forma que sólo era medianamente similar a la belleza de la naturaleza, para el casi siempre recatado escritor. Si la calentana llamaba tanto la atención a distintos letrados y aparecía en sus escritos como parte de encuentros y propuestas cargadas de eroticidad (Díaz 1859a; Guarín 1859; Páez 1866; Rivas 1889), era porque ella funcionaba como una metáfora de la colonización sobre los otros pueblos y las otras naturalezas. Las ficciones románticas y eróticas decimonónicas en Hispanoamérica fueron escenarios narrativos para fundar las relaciones jerárquicas raciales y los proyectos de incorporación y sometimiento de lo otro (Sommer 1990; Appelbaum et. al 2003). El deseo de domar y poseer la naturaleza de tierra caliente era representado por medio de la elaboración de la belleza de la calentana. Naturaleza y mujer eran cuerpos femeninos en el sentido de estar dispuestos al manejo del colonizador-letrado masculino. Al igual que la naturaleza de tierra caliente, la mujer calentana era como una rosa –y así era el nombre de dos mujeres deseadas en piezas literarias (Díaz 1859a; Guarín 1859)- “bien lo era por su frescura, sus colores, su belleza y también por sus espinas” (Guarín 1859: 373), una flor hermosa, medianamente domesticada, que atraía, pero a quien costaba acercarse y tomar. La mujer campesina calentana, que para Páez tiene “una boca como dice el malvado de Isaacs, que si morder no provoca, yo no se que es provocar” (1866: 100), era así de una belleza natural, virginal, agreste y provocadora como la naturaleza. Ella provoca que se le dome, que se le posea y que se le corrija –en ello estaba siempre el letrado Demóstenes con Manuela y con Rosa (Díaz 1859a)-.

Poseer a la calentana era una vía para poseer a toda una población. Las escenas de los letrados con las calentanas evidenciaban el deseo de mestizaje de la altiplanicie blanca sobre la negra o india de la tierra caliente. Las mujeres fueron escenarios de dominio sobre lo otro; a fin de cuentas, controlar a la mujer significaba controlar la reproducción de los otros pueblos o razas. Por tal razón, en la literatura no sólo aparecían historias de los letrados pretendiendo a las calentanas sino, además, los relatos de zambos y mulatos forajidos -no podían ser indios- que robaban mujeres blancas, revelando el miedo a ser dominado por el otro, con la posesión de la mujer propia (ver Rivas 1889: 20-30).

LOS BOGAS

El primer cuadro de costumbres publicado en el país escrito por Rufino Cuervo (1840), ex gobernador, escritor y padre del gramático R. J. Cuervo, tenía por objetivo describir a uno de los tipos más importantes que habitaban la nación: el boga del Magdalena. De allí en adelante, el boga despertaría la atención de diferentes escritores, puesto que salía a relucir como un tipo particular alrededor de uno de los oficios más importantes en la Nueva Granada: la circulación fluvial de bienes y personas. El territorio del boga era el extenso río Magdalena y su definición, sin importar si era negro, mulato o zambo, se reducía a su fuerza física para la movilización de los champanes (Vergara 1867b). La elaboración textual del boga como tipo provenía de la experiencia del viaje de los letrados (Cuervo 1840; Samper 1861; Madiedo 1866)⁸⁷.

El boga era admirado por su fuerza física y su cuerpo no dejaba de despertar cierta fascinación, cierto deseo por su exacerbada corporalidad y su figura atlética, aunque velado por el recato del letrado (ver ilustración 14). Un boga “tenía cada brazo como el de una ceiba, el pecho de ancho de una piedra de lavar ropa, cada mano como un oso y la voz como el ronquido de un toro”, decía el escritor y exgobernador cartagenero Manuel Madiedo (1866: 14). El cuerpo del boga atraía con cierta distancia al letrado civilizado y cortés por su falta de maneras, de recato y su exagerada animalidad (Samper 1861). Si bien el boga era apreciado por ser motor del país (Cuervo 1840; Madiedo 1866), en términos generales era juzgado como reflejo de atraso, en medio de los ideales de progreso y prosperidad material y moral. A mediados de siglo el boga y sus champanes comenzaban a ser vistos

87 En el viaje, el deseo civilizador y cosmopolita identificaba y juzgaba lo calificado como propio. Es indicativo de este hecho que cuando se iniciaron los primeros viajes cosmopolitas de las élites neogranadinas a Europa se dio inicio a los cuadros de costumbres nacionales (Martínez 2001).

como rezagos del pasado frente a los poderosos y modernos buques de vapor (Cuervo 1840; Vergara 1867b). La animalidad y barbarie eran los rasgos principales del boga. Éste era descrito casi como un animal en extremo violento y salvaje (Madiedo 1866; Samper 1861). Las luchas entre bogas, recurrentes por las borracheras y su belicosidad natural, eran muestras de su brutalidad y fuerza animal (ver ilustración 14). Esta es la imagen que el viajero en tanto observador excitado, aunque distante, tenía de los bogas como

Semejantes a dos toros que desean el dominio del rebaño y sangrientos los ojos, las narices hinchadas por el fuego de los celos, se acometen cien veces, se traban al fin con encarnecimiento, se levantan encorvados sobre sus patas, pierden el equilibrio y vienen a tierra con sorda caída (Madiedo 1866: 20).

La animalidad del boga era resaltada desde la perspectiva del viajero, quien no veía en él ninguna atadura social, autoridad, relaciones familiares, vida social adecuada y educación, hasta su lenguaje era enfáticamente expuesto como signo de barbarie (Cuervo 1840; Madiedo 1866). En definitiva, éste era para el letrado un hombre en estado de naturaleza, cuyo medio y forma era lo salvaje, “es el boga un hombre de color, alto, fornido, salvaje, en sus costumbres, rival del caimán, cuyo lecho de arena le disputa a palancazos de la playa” (Vergara 1867b: 216)⁸⁸. Si bien podía ser descrito como un forajido por fuera de la sociedad (Samper 1861), el boga era presentado, desde la optimista visión autoetnográfica de Cuervo, como un pequeño pilluelo que necesitaba de corrección y de la transformación de su medio salvaje.

En suma, lo que revela la descripción que se hacía del boga era la relación conflictiva entre el letrado-viajero y su transportador por el río Magdalena. El boga era juzgado por su oficio, calificado de irregular, precario, incierto, lleno de imprevistos, agobiante, demorado y tortuoso. El viajero se sentía además amenazado por el boga, quien era tachado de ladrón de mujeres y licor (Cuervo 1840; Samper 1861). Allí también estaba en juego la definición de la masculinidad recatada del viajero, frente a la masculina fuerza física del boga. El letrado-viajero se representaba así sufriendo por el boga; y es justamente este sufrimiento, esta experiencia recreada como tortuosa, la que validaba desde los textos la normalización del boga y su oficio.

88 La poesía del mulato Candelario Obeso, nacido en Mompo en 1849, es una interesante respuesta a esta visión. Obeso dibuja en sus poemas a un boga completamente humanizado. Es el boga melancólico, triste y apesadumbrado desde su champán o las playas. Sin embargo, la visión de Obeso es justamente subalterna porque se reduce a los términos de la élite letrada. El boga en él vale en tanto poeta, compositor de coplas y currulaos, y leal y sumiso ante sus amos (Obeso 1877; De allí, ver en especial *Canción del boga ausente*).

LOS COSECHEROS

La descalificación de los pobladores calentanos para el trabajo, paralela a su valoración como población moldeable, era una manera de legitimar el sometimiento y validar formas de trabajo represivas; ello era evidente en la representación del tipo cosechero de tabaco de Medardo Rivas (1866). La representación de Rivas tiene sentido si recordamos que aparte de ser un reconocido letrado, dueño de una importante imprenta y miembro-fundador de la Universidad Nacional, fue hacendado y comerciante en la zona del Alto Magdalena (Rivas 1889). Aunque Rivas defendía aparentemente una fuerza de trabajo libre y asalariada, sus textos demuestran la preeminencia de un control y una sujeción laboral basados en el ideal de la guía y la conducción del patrono sobre el trabajador. Este control resultaba más importante, si tenemos en cuenta que en un gran porcentaje los cosecheros pasaron de ser los directos beneficiarios del cultivo a ser peones y arrendatarios, con la colonización de grandes hacendados y comerciantes, a partir del desarrollo del mercado externo del tabaco y los cambios en las políticas sobre el estanco (De la Pedraja 1979).

Para Rivas el cosechero era un hombre que había salido del estado de indolencia y vagancia propio de la vida en naturaleza de muchos calentanos. Además, en su relato el cosechero era un tipo libre, democrático, fuerte, hospitalario y abnegado con su familia. Él reflejaba la vida republicana. Para alguien como Rivas era importante resaltar estos rasgos, para dar cuenta de los avances políticos, económicos y sociales de la nación.

No obstante, al igual que otros tipos de trabajadores, el cosechero habitaba el pasado y el futuro de la nación. Ello se debía a su doble caracterización de infantes y semibárbaros atrasados. El cosechero vivía todavía en un estado liminal entre el salvajismo y la civilización, “una mezcla indefinible del bárbaro que quiere volver a sus antiguos hábitos, del astuto esclavo que quiere engañar siempre a su señor y del horrible disipado que ama el dinero para gastarlo y que nunca estima su valor, ni sabe aprovecharse de él cuando la consigue” (Rivas 1866: 172). Sus prácticas y costumbres, como el delirio por la bebida, la diversión desmedida y la ausencia de un matrimonio católico, demostraban su permanencia en el pasado. Taita Ponce, el cosechero de Rivas, era, según éste, un hombre falto de economía que de vez en cuando cultivaba y la mayor parte del tiempo se emborrachaba y chinchorreaba en su hamaca, no sabía manejar su dinero y lo perdía en vicios; por ello, cuando rendía cuentas al patrón, le mentía y se mostraba sumiso “Pues mi dotor, yo vengo desauciado, a echarme en brazos de busté, que después de Dios es nuestro padre y a más dueños de tierras” (Rivas 1866: 175); algo de lo cual Rivas no reniega y, por el contrario, utiliza para insistir en la necesidad de corregir a su sirviente y mante-

nerlo sujeto y dependiente como a un menor a su cuidado. Así, el cosechero podía y debía ser moldeado por las élites nacionales, por medio de su ejercicio de gobierno, la acción positiva de la iglesia y por las élites locales de hacendados; esto es, en últimas, por sus patronos. Este planteamiento era posible en la medida en que el cosechero fuera presentado como un hombre con falencias y con necesidades

Sí, le falta una voz amiga que le enseñe el evangelio, que dulcifique sus costumbres semibárbaras, que lo haga sobrio y económico, que lo lleve poco a poco por la senda de la civilización; y que sin arrebatarle el trabajo de sus hijos, les enseñe la moral y les inspire el deseo de mejorar su condición, haciéndoles amar la virtud y mostrándole los encantos y los placeres de la vida civilizada (Rivas 1866)

De esta forma, la representación que se hacía del tipo cosechero, como la de otros tipos, implicaba la necesidad de una élite guía, de tipos notables, a quienes se encargaba el gobierno de la república en lo nacional y en lo local.

TIPOS NOTABLES, PATRONOS Y CACHACOS

Los cuadros de costumbres, los relatos de viaje y las pinturas e informes de la Comisión Corográfica se preocuparon también por describir a los tipos notables de las ciudades, provincias y cantones. En estos textos, y en particular en los relacionados con la Comisión (p. ej. Ancízar 1853), era fundamental dar cuenta de la presencia de familias de representación, miembros ilustres y distinguidos de las sociedades locales, como signos del progreso moral y material de la nación en lo local. En la imagen ideal que se tejió de la vida de pueblo era indispensable una triada compuesta por notables, curas y campesinos, bajo la visión de que los dos primeros son esenciales en la guía y la conducción del último; de lo contrario, la república no sería posible en la parroquia y estaría por lo mínimo sumida en la corrupción, el despotismo y la pobreza (Ancízar 1853; Díaz 1859a; Samper 1866). Los notables debían ser la guía segura y positiva de la vida republicana en la parroquia. Aparte de esta condición de los notables, basada en una distancia jerárquica entre élite y pueblo, estos eran caracterizados por su sociabilidad, cortesanía, vida civilizada, ilustración, apariencia corporal racializada como blanca y el origen claro de su linaje (cf. I/2.2). Además de esto, en lo local los notables debían ser distinguidos por ser guías de la prosperidad material, con una activa vida económica. En la élite estaba la labor de incentivar la consolidación de una economía de trabajo y de mercado (Rivas 1889).

No obstante, este nuevo rasgo de la élite local debió ser también compartido por la élite nacional. La economía agroexportadora, la colonización de las tierras

calientes, la necesidad de una nueva fuerza de trabajo y el ascenso de una élite de comerciantes y hacendados relacionados con el ejercicio de gobierno (Palacios 2002b) corrieron paralelas a una nueva definición de la élite nacional. En particular la élite de letrados comerciantes y hacendados -como por ejemplo los hermanos Samper, los hermanos Pérez, la familia Ospina, Medardo Rivas y Salvador Camacho Roldán- defendieron la idea de una élite trabajadora y activa, que se posicionaba contraria a la élite tradicional tachada de colonial, perezosa, feudal y retrograda. La narración de la colonización abrió paso a esta nueva élite promotora de la prosperidad material, a la que empezaba a ser supeditada la llamada prosperidad moral. Esta visión debía permitir además el ascenso de determinada élite económica como élite de lo nacional. Así, comenzaba a ser fisurada la encumbrada figura del letrado,

Sabemos que de las antiguas familias, imbuídas en el tonto orgullo de un nombre, y queriendo conservar una posición que ya no les corresponde, solo vástagos débiles y dañados se levantan en la sociedad; mientras que por el contrario del pueblo, de la masa común, es de donde se levantan esos hombres llenos de vigor y de energía, que no solamente forman una fortuna para sí, sino que ayudan eficazmente al engrandecimiento de la fortuna pública y al crecimiento moral y material del país en que nacen y de la sociedad a que pertenecen (Rivas 1889: 349)

La importancia del trabajo, la tenacidad, la educación práctica, la disciplina, las virtudes y meritos conseguidos a lo largo de la vida, eran reforzadas por oposición a lo que habían conseguido élites tradicionales como la santafereña y la payanesa. Esta crítica, que comienza a ser reiterada desde mediados de siglo se encuentra sintetizada en el tipo *Cachaco*. Radicado en las ciudades importantes del antiguo Reino, en particular en Santa Fe, el cachaco era descrito como un tipo dedicado a la vida social, las tertulias y la actividad literaria. Galante con las mujeres, pulcro y elegante en su apariencia, refinado en sus maneras e ilustrado, el cachaco se paseaba por la ciudad sin hacer nada práctico y útil (Kastos 1858b; Gutiérrez 1866). La definición del cachaco era eminentemente estética y urbana más que regional o de oficio. Gutiérrez (1866) representó con burla a los diferentes tipos de cachacos según su edad. Estos eran vistos con cierta simpatía, en tanto se les empezaba a considerar como un género que debería estar en vías de extinción. El cachaco, sin embargo, continuó como una figura de distinción, aunque a la par y en disputa con otro tipo de élites nacionales.

3. LA REGIONALIZACIÓN DE LA DIFERENCIA

El siglo XIX colombiano no sólo estuvo marcado por la fundación y definición de la nación, sino de forma paralela por la emergencia de lo regional como un medio significativo para plantear y representar la diferencia poblacional y espacial. Hablo de emergencia por cuanto en la Colombia decimonónica surgieron los primeros lineamientos para pensar el país en términos regionales, que tomarían su plena preponderancia sólo hasta el siglo XX. Esto, precisamente, porque la unidad nacional y la diferenciación regional emergieron como construcciones históricas interrelacionadas; ésta última fue posible por la conjunción de una serie de elementos centrales en lo nacional: la integración, exploración y apropiación geográfica y poblacional, la constitución de lo propio, una progresiva conciencia de unidad, la valoración del mestizaje, y la definición de estructuras y espacios políticos, simbólicos y económicos diferenciados como regionales. A pesar de la menor preponderancia de la diferenciación poblacional regional, para la perspectiva actual, desde mediados del siglo XIX emergieron tipos regionales significativos en un orden simbólico nacional, que no por contener una diferencia más aceptable, dejaba de ser altamente jerárquico y atravesado, así, por el racismo.

3.1. REGIONES, RACIALISMO Y ORDENAMIENTO ESPACIAL

Aunque las regiones han sido pensadas como entidades preexistentes a la nación, éstas sólo son posibles en la medida que se construya un sentido de unidad nacional. A fin de cuentas, aunque sea pasado por alto, la misma definición de lo regional alude a la porción de un algo, en particular, un territorio definido y delimitado. Así, cuando nos referimos a regiones en contextos nacionales, ya sean culturales, políticas o económicas, debe tenerse en cuenta que, como tales, éstas son elaboraciones propias de una unidad abstracta mayor.

Las regiones son ante todo construcciones que surgen del acto de introducir un principio de heterogeneidad bajo la idea de una homogeneidad -territorial y poblacional- (Martínez 1992). Una clasificación regional segmenta y divide una unidad en porciones determinadas y delimitadas bajo un tipo de criterio o patrón similar. El ordenamiento territorial, la economía, la visión paisajística o geográfica son algunos de los criterios más recurrentes de clasificación desde el siglo XIX. Internamente, las regiones se sustentan en una visión amplia que supera la perspectiva de lugar, desde la óptica de ser parte de un algo mayor. Así, las regiones no introducen cualquier tipo de división: una clasificación regional teórica e ideal no plantea la existencia de un número infinito de espacios regionales que se sobrepone sin sentido. Las regiones implican internamente un acto similar al de definir la

nación: introducir un principio de homogeneidad dentro de la diversidad; pero en la región el principio de unidad de lo regional está supeditado al principio de unidad de lo nacional⁸⁹.

En este sentido, al abordar la diferenciación regional como parte de los proyectos nacionales del siglo XIX, los tipos regionales o las regiones son tratados aquí como construcciones discursivas e históricas al igual que las razas o los tipos humanos⁹⁰. Así, es necesario prestar atención al acercamiento propuesto por Bourdieu (1982) a los estudios regionales, en el sentido de preguntarse por los esfuerzos hegemónicos por crear regiones e identidades asociadas a éstas y por quiénes, bajo qué principios, en qué luchas y con qué sentido son nombradas y clasificadas las regiones.

Los tipos regionales, a diferencia de los tipos humanos, emergieron de una perspectiva más amplia que la del contexto de colonialismo interno. Además de superar el detalle, los tipos regionales partieron más claramente de la unidad y de la integración, puesto que aludían a regiones integradas, simbólica, política o económicamente.

En el siglo XIX, las diferencias regionales no eran pensadas por fuera del racismo. Como tales, las regiones emergieron de un pensamiento racista: éstas y los tipos regionales han sido ubicados en jerarquías naturalizadas, que se basan en el ejercicio de fijar una población a un territorio y a un medio físico determinado. Esta ligazón no es sólo climática-científica, sino además, y desde la perspectiva regionalista, romántica: los pueblos regionales se conciben y son representados como frutos de una tierra particular. En este planteamiento el medio físico o la tierra regional eran homogeneizadas como una unidad concreta que moldeaba a las poblaciones. También la ligazón entre tipo regional y medio físico se manifestaba en la consideración de que el primero ha moldeado al segundo. En Colombia las razas han sido regionalizadas, no sólo por la distribución racial desigual en espacios diferenciados desde el siglo XVI como lo ha explicado Wade (1993), sino por la valoración de las regiones a través de los rasgos asociados a las distintas composiciones raciales.

89 Aunque desde una perspectiva regionalista fuerte se puede llegar a plantear la idea de una raza o un pueblo particular y diferente -mientras que la perspectiva nacionalista habla más de tipos-, esta raza o pueblo es pensada siempre en diálogo con la perspectiva nacional.

90 En el caso colombiano, Wade (1993, 2000), Roldán (1998), Rojas (2001) y Appelbaum (2003) han insistido en consideraciones similares al respecto. Esta última es quien con más claridad ha interrogado a la región como una construcción histórica en el contexto de lo nacional. Por otro lado, Rojas (2001: 230-275) cuestiona lo regional, pero introduciendo un principio de clasificación propio, ajeno a la diferenciación regional del siglo XIX.

La racialización de las regiones ha sido sustentada de otras formas no tan evidentes como la fijación y naturalización de un tipo físico a un territorio y a un medio específico. Los saberes de lo propio han jugado un papel importante en ello. La historia ha servido desde el siglo XIX para explicar el origen de las diferencias poblacionales y de su ubicación en el espacio, pero manteniendo a la vez la idea de la transformación con la naturalización de la diferencia. Cada región y sus tipos -su composición racial, su mestizaje, su medio, sus tradiciones y su economía- han sido definidos desde una historia que aparece como particular a éstos. Asimismo, el estudio de los costumbres y de lo popular ha sido constituido en un escenario de determinación y explicación de la diferencia regional. Los modos de actuar y de hablar, los vestidos, los adornos, los bailes, la música, entre otros, eran considerados manifestaciones propias e inherentes de pueblos determinados, que además marcan las diferencias con una supuesta precisión. Desde estos saberes se afirmaba, “Los vestidos de bayeta y el hablar con los dientes apretados, sonando mucho la s, indicaban ser gente **reinosá**”, (Ancízar, 1853, Tomo I: 213, énfasis en original), [y] “El modo de expresión vulgar y las costumbres del pueblo de Bolívar, que no a las correspondientes de Panamá y Magdalena ” (Obeso 1877: 11). Todas las descripciones detalladas eran necesarias en un escenario en el cual el mestizaje se posicionaba con su consecuente complicación de la descripción física.

Igualmente, la determinación de la diferenciación regional ha tenido que ver con un eje central en la formación del estado y en la construcción de la nación: el ordenamiento espacial. Aquí tomo el concepto de *ordenamiento espacial* de Herrera (2002: 28), quien lo utiliza no sólo como la delimitación de un espacio considerado propio -a lo que remitiría la idea de territorio-, sino como el manejo del mismo basado en un modelo producido de cómo debe estar organizado el entorno. Es decir, el estado-nación no simplemente busca expandirse sobre un espacio anterior a su existencia, sino que lo crea, le da unos sentidos, al organizarlo, conocerlo y dividirlo.

La apropiación del espacio por parte del estado nación es un ejercicio eminentemente político, en el que aquel espacio es asumido como territorio propio. De allí surge la primera gran forma de clasificación territorial interna: la de las unidades administrativas territoriales, a partir de *modelos legales de ordenamiento territorial* (Herrera 2002: 29). La diferencia espacial de la nación ha estado muy determinada por la segmentación que producen estas unidades. Antes de que la perspectiva geográfica y el avance de la exploración propiciaran otras formas de diferenciación, ésta era una forma segura y general para ordenar el territorio. Las primeras geografías nacionales privilegiaron el ordenamiento territorial sobre la diferenciación geográfica (Zea 1822; Codazzi 1851-1858; Pérez 1865, 1871), en contraste con lo que

ocurriría a finales de siglo (Vergara y Velasco 1892). El caso de la Comisión Corográfica es ejemplificante al respecto: la importante sección de descripción geográfica titulada el “aspecto físico” estaba supeditada a la división por provincias o estados.

Es posible pensar que las regiones han sido confundidas con las unidades administrativas territoriales. Sin embargo, ello no resulta muy adecuado si pensamos que el ordenamiento territorial es una poderosa forma de segmentar y regionalizar el espacio bajo principios políticos. Éste fija y determina poblaciones a territorios delimitados arbitrariamente por las fronteras políticas, constituyéndose en un ejercicio sin igual de introducir una discontinuidad en posibles continuos físicos. A partir del ordenamiento territorial han sido construidas identidades geopoblacionales, en medio de profundos intereses políticos regionales y nacionales, como si fuesen hechos naturales y evidentes,

(...) al carácter propio de los pueblos que forman el conjunto de la que es hoy República de Colombia. La política la ha dividido en nueve Estados de apellido soberanos; y como es natural que la misma política sostenga por muchos años esta división, la adoptaremos para clasificar los caracteres (Vergara 1867b: 215).

Como se desprende de esta cita, la relación entre regionalización y ordenamiento territorial cobró más fuerza durante los años comprendidos entre 1830 y 1886, por la adopción de dos modelos legales de ordenamiento territorial que daban cuenta de los conflictos e intereses políticos entre élites locales, regionales y nacionales (Jaramillo 1982): el Estado provincia, 1830-1850, y el federalismo del Estado región, 1855 - 1885 (Borja 2000).

Aunque desde el estado la perspectiva geográfica podía estar supeditada al ordenamiento territorial, ésta era un eje central que pasaba por otras vías en el ordenamiento y apropiación espacial. Desde la fundación de la nación, el acto de segmentar el espacio nacional ha estado atravesado por diferentes formas de apropiación espacial, las cuales, en general, han incidido en que las regiones espaciales emerjan, en varios casos, antes que los tipos regionales. En términos amplios, la primera diferenciación espacial de tierras altas y bajas podría ser considerada como una división de dos grandes regiones. Sin embargo, el detalle del viaje colonialista interno permeó la construcción de la diferencia poblacional a partir de la profusión de distintas tierras altas, calientes y bajas a lo largo del territorio nacional. A esta profusión se superpuso la diferenciación regional, sin negarla, por medio de una mirada totalizante y homogeneizadora del territorio, tanto regional como nacional. En general, la geografía como saber partió justamente del ejercicio de definir unidades geográficas concretas, distinguibles y delimitadas en el marco de otras unidades

mayores como el globo terráqueo, los continentes y las naciones. Antes de la noción de región natural, originada a finales del siglo XIX (ver Vergara y Velasco 1892) por la influencia de geógrafos como Hettner -quien se basó en sus recorridos por Colombia para plantear sus ideas-, las regiones eran fruto de una visión eminentemente paisajística, del viaje y el recorrido detallado, para luego elevar la mirada y determinar grandes principios homogeneizadores desde la distancia. Ello es evidente en el acápite “aspecto del país” de la Comisión⁹¹, donde además está presente la idea de von Humboldt sobre la unidad dentro de la multiplicidad en paisajes interrelacionados (Sánchez 1999: 464)⁹². La visión paisajística incidía en la elaboración de un medio físico amplio, con determinados elementos homogeneizadores del paisaje, como sabanas, montañas, costas, llanos, mesetas y de las actividades y elementos productivos. Allí, también jugó un papel importante la climatología, que pasaba de la perspectiva climista general a la definición de las condiciones climáticas regionales relacionadas con diversos elementos (Vergara y Velasco 1892).

En la diferenciación regional ha tenido una importancia particular la perspectiva económica, a partir de la cual eran pensados y articulados los territorios y las poblaciones. En especial, en el contexto de impulso a una economía agroexportadora y de clasificación y conocimiento de las riquezas propias, los tipos regionales y humanos fueron concebidos en torno a su relación con las actividades productivas y los productos de explotación o elaboración. Desde mediados del siglo XIX, a la par de la variación climática, de la composición y distribución racial, de la diversidad de medios físicos, el país fue segmentado y pensado a partir de la variedad y la posibilidad económica. La misma noción de medio físico contenía tanto el entorno natural y climático como el contexto productivo. Lo central aquí es que los tipos regionales fueron racializados y naturalizados a partir de sistemas productivos o extractivos específicos: un tipo para un contexto económico, fue una forma general de clasificación. Las actividades de producción económica moldeaban al tipo, así como éste era constituido en una población adecuada para determinada actividad, y ésta era posible por la intervención de esta población, como lo veremos adelante.

91 En la geografía del siglo XIX *paísera* un término equiparable a región. Este uso del término no era azaroso, por el contrario, demuestra cómo en principio el país remitía a un paisaje y a un campo visual cercano -de allí su cercanía con *country* y con *paysage*-. Al ser luego equiparada al conjunto del territorio nacional evidenciaba la progresiva concientización de pertenecer a una unidad mayor espacial, a la cual el campo cercano quedaría supeditado más claramente como una porción: la región. Habría que ahondar sobre estos planteamientos hipotéticos.

92 El territorio de Colombia fue un espacio importante para los científicos y naturalistas en la definición de la idea de las regiones naturales. En la América equinoccial von Humboldt desarrolló sus ideas sobre regiones naturales, que claramente retomaría Codazzi en sus consideración sobre las unidades de los distintos países, y que sintetizaría Hettner en su concreción del concepto de región natural (cf. Castrillón 2000, Sánchez 1999).

Esta visión de la diferenciación regional es evidente en este mapa poblacional-espacial que presentó el reconocido político y economista Salvador Camacho Roldán para dar por sentada, como un hecho natural, la heterogeneidad del país. Allí eran conjugados el tipo de actividad económica, la historia racial y regional, y la preponderancia del medio físico en relación con la naturalización del ordenamiento territorial,

El antioqueño, habitante de las montañas, minero, cambista de metales, inclinado a las operaciones bancarias, tiene que ser distinto del habitador de Bolívar y Magdalena, grandes llanuras donde predomina la industria pecuaria. El pacífico cultivador boyacense, derivado de la raza indígena, disciplinado bajo el yugo de hierro del encomendero español, que forma el principal grupo de esa sección, no puede tener muchos puntos de semejanza con el mestizo africano-español formado en el Valle del Cauca, bajo la protección semiafectuosa á veces de sus amos, en el pastoreo de ganado y en medio de una naturaleza que convida a la libertad. El agricultor santandereano, descendiente quizás del altivo catalán, en cuyas tierras no parece haber pesado el sistema feudal de mercedes y encomiendas, sino el de una mas equitativa distribución territorial, tiene pocos puntos de semejanza con el cortesano cundinamarqués de la capital, y menos con el descendiente de los chibchas, mas o menos matizado yá de sangre española, doblegado, en el trabajo de haciendas semif feudales, por el propietario altanero, casi siempre poco benévolo y demócrata sólo por excepción. El tolimense, en fin, habitador de un valle angosto y endurecido por las ardientes llanuras del Alto Magdalena, diferirá no poco del panameño familiarizado con las ideas del comercio internacional, por la privilegiada posición de la angosta faja de tierra al través de la cual se espera el abrazo de las civilizaciones oriental y occidental (Camacho 1889: 210).

Este mapa no resultaba azaroso, puesto que la diferenciación regional contiene y sustenta las relaciones económicas en torno a la nación. Colmenares (1991) plantea que la existencia de regiones se presenta aun más dentro del estado nacional, que organiza el territorio en espacios de acuerdo al mercado nacional y a la economía agro exportadora y no dentro del imperio que organiza el espacio en torno a núcleos urbanos⁹³. Asimismo, Fajardo (1993) explica que las regiones son el espacio de producción y reproducción del estado nacional, donde se materializa la formación del mercado y la expansión del capital. Estas perspectivas resaltan las jerarquías y relaciones desiguales que se generan entre las regiones según sus posiciones en el

93 Sería interesante analizar cómo esta clasificación regional desde lo económico tuvo un antecedente importante en los finales del régimen colonial, con las reformas borbónicas, como lo enuncia el mismo Colmenares y como es evidente en las alusiones del criollo Caldas (1807) a “las zonas del oro” y “las zonas pastoriles”, entre otras.

mercado nacional y la división del trabajo. La diferenciación basada en la perspectiva económica reproducía y sustentaba estas relaciones desiguales.

3.2. LOS TIPOS REGIONALES: ORDEN NACIONAL E IDENTIDADES GEO-POBLACIONALES

Los tipos regionales del siglo XIX, en mayor o menor medida, eran representaciones bajo la perspectiva del pueblo ideal nacional, y, como tales, conciliaban esta perspectiva con una diferencia aceptable. Sin embargo, los tipos regionales fueron dispuestos en una relación jerárquica que develaba los vínculos económicos, políticos y simbólicos desiguales entre las regiones, y el estado central y las regiones. Como lo indica Jimeno “las regiones sufren una adscripción al estado nacional que las sitúa de manera desigual, no homogénea, les atribuye ciertos rasgos y les asigna roles específicos” (1994: 67). La diferencia poblacional y espacial resultaba central para asignar posiciones y papeles particulares a cada región dentro de la jerarquía nacional.

No obstante, frente al problema de la construcción y representación de un mapa de la diferencia regional, me concentro más en los proyectos, esfuerzos y luchas por constituir un orden nacional, es decir, un orden simbólico de la tensión entre unidad y diferencia, que en las relaciones económicas y políticas desiguales en el marco de la formación del estado nación, sin olvidar este tema del todo. La diferencia regional permitió a las élites definir un orden nacional, en el que se posicionaban, por medio de la invención de una identidad geo-poblacional, y la ubicación y tipificación de los otros regionales. Los tipos regionales eran construidos a partir de recursos generales, positivos o negativos, que luego eran particularizados. Por ello, los rasgos que eran representados como propios y auténticos en cada región, hacían parte de un conjunto de valores nacionales y transnacionales del mundo moderno/colonial. Ello no fue solamente visible en las élites centrales, sino sobre todo en otras élites regionales, como la antioqueña, las cuales se definían y participaban en la nación desde lo regional, superando las perspectivas locales. La identificación regional es una forma privilegiada de ser en la nación y no una contradicción o negación de la misma (Appelbaum et. al. 2003; Fajardo 1993; Gimenez 2000; Jimeno 1994).

A continuación presento los tipos regionales más recurrentes en la literatura revisada. Allí se hace evidente cómo las élites centrales, desde su eje de poder, Bogotá, Antioquia y Popayán, constituyeron un orden jerárquico en el que los tipos regionales estaban dispuestos desigualmente. En primer lugar, es de resaltar cómo las élites nacionales se posicionaron por fuera o por dentro de este orden: los antioqueños como una región en ascenso impulsada por una élite que había sido

marginal, y los bogotanos-santafereños y payaneses como tipos urbanos de élites establecidas. De allí que se presenten tan importantes confrontaciones en torno al dominio simbólico de la nación entre los santafereños y los antioqueños. Debajo de ellos estaba el pueblo nacional representado en tipos regionales como los llaneros, los antioqueños, los tolimenses o santandereanos, lo cual daba cuenta de la cercanía, los intereses y la influencia de este eje de poder sobre estas regiones y pueblos. El caso contrario es visible en la mínima presencia de la representación sobre lo costeño.

ANTIOQUEÑOS, UN ORDEN NACIONAL DE PROSPERIDAD Y MORAL

El tipo antioqueño emergió en las representaciones de la élite letrada de la segunda mitad del siglo XIX como una proyección de los ideales sobre la nación colombiana. Para los letrados no antioqueños, esta representación se constituía en un escenario para exponer sus ideales de lo que debería ser un pueblo campesino, comerciante, prospero y moral, frente a un pueblo considerado mayoritariamente contrario a estas características. La fuerza de la descripción alabadora y positiva del tipo antioqueño obedeció en gran medida a la construcción de una imagen poderosa de la población y el paisaje antioqueño desde la misma región, al igual que a la posición económica privilegiada que comenzó a ocupar Antioquia en el siglo XIX.

La atención en la descripción física del antioqueño fue central a la hora de detallar los valores y virtudes de aquel tipo regional. Más que con cualquier otro, la referencia a su belleza era un común denominador en su representación, se reiteraba que era “quizás el más bello tipo de la República” (Vergara y Velasco 1892: 964; ver también Pombo 1852; Samper 1861). La conexión entre belleza física y la constitución social y moral aparecía con toda su fuerza en la descripción de este tipo, “El antioqueño del bajo pueblo, el más bello tipo del Estado y de toda la República, es inteligente, gran trabajador y muy honrado” (Vergara 1867b: 216). La insistencia en la belleza física del antioqueño servía para particularizar e identificar al tipo, como era corriente desde la descripción corporal, y, aun más, remitía a otras características como la vitalidad y la agilidad para el trabajo y el movimiento: el antioqueño era bello porque era trabajador y viceversa. Si el antioqueño era un tipo importante debía ser bello.

En este sentido, el tipo antioqueño era descrito especialmente como mestizo blanco. En este caso, su mestizaje era bastante especial. El pueblo antioqueño no era identificado como fruto de la mezcla equitativa de las tres grandes razas desde los inicios de la conquista. Por el contrario, los antioqueños parecían provenir de una mezcla, desde el siglo XVIII, de españoles, criollos blancos propios y adecua-

dos al suelo americano, como lo señalaba el médico y geógrafo antioqueño Manuel Uribe Ángel (1885), y en la versión de Samper de “judíos católicos” (1861)⁹⁴.

Lo indio y más aun lo negro no eran nombrados como componentes del tipo antioqueño, aunque en algunos grados mínimos podían aparecer en el pueblo bajo (Uribe 1885: 464). Los indios ocupaban un espacio de barbarie en la historia antigua del Estado de Antioquia y aparecían como rezagos en extinción, mientras que lo negros y sus derivaciones -provenientes de la minería esclavista- habitaban los márgenes físicos y simbólicos de lo antioqueño. Allí, internamente era aplicada la división jerárquica entre las montañas, lo propiamente antioqueño, y los valles ardientes y profundos habitados por negros, mulatos y zambos, en la construcción de un proyecto hegemónico regional de colonialismo interno (Uribe 1885)⁹⁵.

Este ejercicio diferenciador interno se reforzó con una fuerte imagen de homogeneidad frente a las otras regiones, tipos y razas de la nación (Kastos 1858a; Samper 1861; Vergara y Vergara 1867b; Vergara y Velasco 1892)⁹⁶. Lo antioqueño se constituyó en el proyecto regional más fuerte de la segunda mitad del siglo XIX. El ordenamiento territorial por estados, del cual Antioquia fue abanderado con su proclamación como Estado soberano en 1856 -el segundo después de Panamá en 1855-, propició la idea de unidad. A fin de cuentas, lo antioqueño provenía de la designación arbitraria de fronteras políticas administrativas, como provincias, estados y departamentos. Durante el federalismo y el auge del liberalismo, el Estado de Antioquia se posicionó como un fortín conservador que lo hacía claramente diferente de los otros estados. El gobierno del conservador Pedro Justo Berrío incidió ampliamente en el encerramiento de Antioquia como un Estado económicamente fuerte y con estabilidad política y militar, en un país asediado por las guerras civiles

94 En la réplica pública que presentó ex-presidente Mariano Ospina (1875), oriundo de Guasca, Cundinamarca, pero antioqueñizado (tanto así que es percibido como padre fundador de lo antioqueño), sobre el origen judío de los antioqueños, se hacen evidentes las diferentes posiciones que suscitaba esta cuestión. Esta idea fue usada como una forma de descalificar a la élite comerciante de aquella región como avara, ambiciosa y codiciosa. Lo judío era un componente racial ampliamente menospreciado. Por ello, Ospina inicia su texto negando enfáticamente el origen judío de los antioqueños (1875: 208). Aunque Ospina no podía aceptar abiertamente este componente en un país católico e hispánico, enfatizó en las virtudes de una posible descendencia israelita al considerarla comerciante, inteligente e industriosa sin caer en la amoralidad del utilitarismo (1875: 209). Lo judío brindaba una forma de ser capitalista a la vez que moralmente bueno.

95 Roldán aborda la construcción de este proyecto en su libro (1998, 2002), que aunque trata sobre la Violencia a mediados del siglo XX en Antioquia, interpreta críticamente los planteamientos de pensadores regionales de finales del XIX.

96 Particularmente, lo antioqueño se construyó en oposición a los negros internos y externos, al fragmentado Cauca y a los distintos tipos del altiplano cundiboyacense (cf. Appelbaum 2003) y más adelante a la Costa Atlántica (cf. Wade 1993).

y las crisis económicas (Ortiz 1991). Bajo la gobernación de Berrío fue incentivada la idea de una unidad antioqueña como vía de legitimación del poder político regional; en este contexto, la moral católica y la concepción de lo antioqueño como una familia, incidieron en la cohesión social y en el control político interno (Villegas 1995; Appelbaum 2003).

La unidad en lo antioqueño fue eficiente en tanto se basó en una imagen de un pueblo homogéneo en la que hacia afuera eran sobrepasadas las diferenciaciones sociales internas. En Antioquia la regionalización fue posible en la medida que planteó una homogeneidad fuerte como parte importante de la heterogeneidad de lo nacional. Para los antioqueños la insistencia en valores compartidos como la laboriosidad, el origen pobre, el ascenso por medio del trabajo, lo campesino, la frugalidad, la austeridad y la sencillez, era una forma de contraponerse a la élite santafereña, como aparece en los textos costumbristas del reconocido Emiro Kastos, seudónimo del antioqueño Juan de Dios Restrepo. Para el santafereño Rafael E. Santander, ello reiteraba de forma peyorativa el carácter campesino de las élites antioqueñas (1866a). Por tal razón, la imagen de homogeneidad fue impulsada desde adentro y afuera de la región.

El valor más resaltado en la construcción de una imagen homogénea de lo antioqueño fue la capacidad y disposición para el trabajo, particularmente agrícola y comercial (Kastos 1858a; Pombo 1852; Samper 1861; Uribe 1885; Vergara y Vergara 1867b; Vergara y Velasco 1892). A esta laboriosidad eran asociados la aspiración a la propiedad privada, la agilidad, el movimiento, un espíritu emprendedor y enérgico, el vigor y lo andariego. Estos rasgos aparecían en completa oposición a los imputados a los pobladores del altiplano. El antioqueño, moral, progresista, bello y saludable, contenía los valores de la vida capitalista y moderna que no tenían los fanáticos, estacionarios y sucios campesinos del altiplano -lo despierto y lo ágil eran asociados a la limpieza y belleza mientras que lo quieto a la suciedad- (Pombo 1852). Esta caracterización se relacionaba con la mayor presencia de trabajadores libres en Antioquia a diferencia de otras regiones (Rojas 2001). Asimismo, esta imagen de movilidad validaba la actividad comercial de los antioqueños en el territorio nacional, a la vez que era una proyección del deseo de las élites nacionales de un comercio activo del pueblo (ver ilustración 15). En suma, la descripción de lo antioqueño obedecía a los valores de una vida moderna a la vez que moral y civilizada, “el antioqueño es apasionado, trabajador infatigable, patriota, excelente padre de familia, valiente, emprendedor, hábil para los negocios, dócil y obediente; caritativo, hospitalario, propenso a viajar, y progresista” (Uribe 1885: 471).

Si bien la imagen del antioqueño seguía muy ligada a la actividad minera, su posición privilegiada en el orden nacional provenía de su concentración en las actividades agrícolas y en la transformación de las selvas en paisajes cultivados (Kastos 1858a). El carácter laborioso del antioqueño se apreciaba en el cultivo de la naturaleza⁹⁷. Justamente, éste era valorado en tanto campesino activo, bajo el ideal decimonónico de prosperidad moral y material por medio del trabajo en el campo.

Desde la segunda mitad del siglo XIX se comenzó a tejer la imagen de los antioqueños como un pueblo colonizador y domesticador de otros paisajes por fuera de los suyos. Lo que más cautivaba de estos era su alto crecimiento demográfico en un país que lo necesitaba como medio de garantizar el poblamiento y la fuerza de trabajo. De allí que se les calificara de fecundos y precoces en el matrimonio (Samper 1861). De acuerdo con la apreciación de los valores del tipo antioqueño, su colonización era admirada como una forma de hacer bajar la civilización de las montañas hacia las tierras bajas, domesticando sus pueblos y sus naturalezas (Pombo 1852). La colonización antioqueña hacia los territorios al sur de su estado ha representado los ideales del estado-nación, como una vía de mestizaje cultural, de limpieza moral y civilizadora sobre las poblaciones nativas, para imponer o formar pueblos aptos para una vida laboral y productiva⁹⁸.

No obstante, durante el siglo XIX más que la visión de colonos fue la de comerciantes andariegos la que primó en torno a lo antioqueño⁹⁹. Después de la minería, y gracias al capital acumulado con ésta, fue el comercio una actividad privilegiada para las élites antioqueñas. El espíritu comerciante y capitalista adjudicado a los antioqueños fue relacionado con “el espíritu de asociación, compañero

97 A diferencia de otros tipos regionales o humanos en donde el medio físico había constituido su carácter, en el antioqueño era el medio físico el que había sido transformado por medio del trabajo del *tipo*. Las montañas y valles antioqueños, como una unidad paisajística-poblacional ampliamente reconocida y valorada, aparecían como reflejos de la laboriosidad y tenacidad del antioqueño (Pombo 1852) –Kastos (1858a: 308) se enorgullecía de que en Antioquia se derribaran cuatro veces más fanegadas de bosques que en el resto de la República-. Las montañas antioqueñas –“un valle verde y risueño, labrado y dividido como un tablero de damas, salpicado de bosquecillos, caprichosamente recorrido por los sesgos amarillos de sus caminos y los hilos argentados de sus aguas” (Pombo 1852: 51)- eran admiradas para finales del siglo XIX como las más importantes de los Andes colombianos por su densidad poblacional, el movimiento comercial y su densa red de caminos y pueblos (Vergara 1892).

98 La insistencia en la movilidad del pueblo antioqueño, asociados a otros valores morales y sociales y a su consecuente racialización blanca, implicó que la colonización, de lo que hoy conocemos como el eje cafetero, en la segunda mitad del siglo XIX fuera adjudicado exclusivamente a los antioqueños, sin que en estos relatos aparecieran los colonos caucanos o del altiplano cundiboyacense.

99 La narración de la colonización antioqueña como una epopeya y del espíritu colono del antioqueño cobraría más fuerza con la consolidación de la economía cafetera (Zambrano 1990)

del de especulación. Aquí todos se asocian, parientes o extraños, ricos o pobres, hombres o mujeres, para lo grande como para lo pequeño (...) así multiplican sus medios de producción, puesto que a un tiempo hacen valer en diferentes empresas dinero, propiedad, industria y crédito” (Pombo 1852: 69). La visión de los antioqueños como comerciantes innatos -escenario también de críticas- y colonizadores aguerridos se relacionaba con la poderosa posición económica que comerciantes y empresarios de la región habían adquirido a partir de sus exportaciones de oro (cf. Uribe y Álvarez 1998; Palacios y Safford 2002). El capital económico de los antioqueños era ampliamente reconocido en el siglo XIX; ellos controlaban el comercio y la navegación por el Magdalena y en varias oportunidades otorgaron préstamos importantes al estado central. Respecto a la colonización, adinerados comerciantes de la región participaron en proyectos colonizadores importantes en el viejo Caldas, el alto Magdalena y los llanos orientales. Esta colonización, realizada por reconocidos empresarios como Montoya y Uribe, era la realmente valorada en los relatos colonizadores por su fuerza económica y por los proyectos productivos y extractivos que involucraba (Kastos 1858a; Rivas 1889).

Precisamente aquel que mas ha viajado al continente Europeo, llevando allá su oro i trayendo toda clase de mercancías (...) el mas dedicado a las especulaciones comerciales; porque es aquel que mas se esmera en aumentar su fortuna; porque es aquel también que mas prontamente forma nuevas familias, ama la decencia i bienestar de ellas; es trabajador, sóbrio, fuerte, robusto, posee intelijencia i riqueza. (Codazzi 1852, en Sánchez: 307).

Este texto de Codazzi demuestra la conexión entre las actividades comerciales de los antioqueños con sus valores morales y sus costumbres, como si una fuera dependiente de la otra. En las descripciones sobre los antioqueños se transitaba de los valores propicios para el progreso material a los principios de una vida moral y tradicional. El tipo antioqueño resultaba significativo en tanto mediaba dos formas de vida que para algunos parecían contradecirse; en él la búsqueda del progreso económico no negaba la permanencia de las costumbres y las tradiciones (Kastos 1855). Así, la unidad familiar católica era también un motivo de alabanza de lo antioqueño, como símbolo de moralidad, crecimiento y prosperidad (Pombo 1852; Kastos 1855; 1858). La vida de la familia antioqueña consistía en “trabajar mucho de día y rezar mucho de noche” (Kastos 1855: 155). Estos se narraban insistentemente a sí mismos como un pueblo de carácter frugal, sobrio y económico, que se evidenciaba en sus costumbres puras y campesinas (Kastos 1855; 1858).

Esta autorepresentación de los antioqueños era una forma de legitimarse por medio de la diferenciación frente a las élites criollas, santafereñas y payanesas. A estas élites, Kastos (1858b, 1858c) las tachaba de perezosas, estacionarias, anticua-

das y ociosas, dedicadas a la galantería, los lujos y la tertulia, menospreciando el trabajo. La diferencia regional ha sido un escenario de lucha y posicionamiento identitario en el marco de lo nacional. Ello se hizo evidente en la discusión que sostuvieron Kastos (1858c) y Santander (1866). El primero descalificaba a los santafereños por su raizalismo, es decir, su apego y limitación a la tierra que los vio nacer, a las raíces y a los abolengos, un apego que les impedía movilizarse y trabajar. Santander (1866) respondió con fuerza a Kastos tachándolo de antioqueño provinciano de acuerdo a la conocida caracterización de los antioqueños como labriegos y campesinos. Lo provinciano entraba en oposición al ciudadano santafereño de refinadas costumbres y de talentos ajenos al trabajo físico. Al igual que Santander, otros letrados describían a los antioqueños como conflictivos, agresivos y en extremo apasionados, rasgos que eran contrarios a su supuesta moralidad (Samper 1861; Rivas 1889: 239). Los antioqueños Kastos (1858a) y Uribe (1885) afirmaban que la pasión era justamente un rasgo importante, motor del dinamismo antioqueño. Esta disputa no puede pasar por anecdótica; en ella se revela el deseo de los antioqueños por posicionarse en un orden nacional en emergencia, en el que la prosperidad material y moral, el trabajo, la colonización, el comercio y el dinamismo eran centrales. Los valores adjudicados a los antioqueños quebraban el orden de los criollos puros -santafereños, tunjanos, payaneses, cartageneros- en el cual esta región no ocupaba un lugar central. Lo antioqueño fue en gran medida una construcción para salir de los márgenes del poder y aparecer en el orden nacional como una unidad importante.

SANTANDEREANOS: ARTESANOS, CAMPESINOS Y LIBERALISMO

En la designación de Santander como una porción particularmente importante dentro de la nación colombiana jugaron un papel importante el ordenamiento territorial, la visión geográfica y productiva y el examen etnográfico de la población respecto a su composición y distribución racial. Aunque en la visión climático-civilizadora de la primera mitad de siglo lo que compondría al Estado de Santander hacía parte de las denominadas tierras altas y países andinos, éste comenzó a ser particularizado dentro de la exploración detallada de paisajes naturales, poblacionales y productivos. A mediados de siglo, las provincias de Vélez y Socorro eran consideradas, en términos generales, como una unidad paisajística y poblacional que era homogeneizada en su diferencia respecto al altiplano cundiboyacense. La proclamación del Estado de Santander en 1857 reforzaría esta visión homogénea bajo el rótulo de una unidad administrativa territorial, que por cierto tendría una fuerza particular en el escenario radical de los sesenta y setenta. Más adelante, la perspectiva, espacialmente más amplia, de las regiones naturales circunscribiría a Santander



Ilustración 15

Torres, Méndez Ramón (1849). *Mulero Antioqueño.* En Sánchez (1987).

El arriero o mulero antioqueño despertaba la atención de los escritores y dibujantes, por cuanto simbolizaba la anhelada actividad comercial y la integración de la república. Es de resaltar que en esta imagen, como en los textos escritos, los muleros y “los mazamorreros” eran racializados como blancos y valorados como tales, aun cuando se tiene conocimiento de una importante presencia de negros en estos oficios (Appelbaum 2003).



Ilustración 16

Fernández, Carmelo (1850). *Arriero y tejedora de Vélez.* En Ardila y Lleras (1985).

Este cuadro representa a dos tipos poblacionales que, aunque remitían a la clasificación por oficios, estaban relacionados con la clasificación regional; específicamente, con la descripción que se hacía de los pobladores de las provincias del Nororiente y del Estado de Santander. Estos oficios estaban asociados al activo, comercial y artesanalmente, Santander, empujado por una población campesina, representada como blanca y por tanto bella y vigorosa. En el cuadro son desatacados la mujer tejedora de sombreros de nacuma y el arriero, símbolo de comercio, junto con la recua que aparece al fondo y el camino en el cual son ubicados.



Ilustración 17.

Fernández, Carmelo (1851). *Tejedora y mercaderes de sombreros Nacuma en Bucaramanga.* En Ardila y Lleras (1985).

En el cuadro aparecen las distintas etapas relacionadas con la producción y comercialización –la tejedora, el comerciante, los mercaderes y todos consumidores- de un símbolo de la vida industrial a mediados de siglo: el sombrero de nacuma. Pero a finales del XIX, esta imagen de la producción artesanal no tendría la trascendencia para ser una representación de la nacional

de nuevo a la región andina (Vergara y Velasco 1892); no obstante, los santanderes seguirían siendo particularizados como una región o una subregión importante dentro de esta visión amplia de las cinco regiones naturales.

A mediados de siglo, las provincias del Nororiente (1849-1857) y el estado de Santander (1857-1885) fueron motivo de descripciones alabadoras que correspondían al lugar en el que fueron ubicados en el orden simbólico nacional (Ancízar 1853; Samper 1861). Lo que compondría al Estado de Santander se había caracterizado por una activa vida comercial, agrícola y textil, que la hacía parte importante del eje medular que ocupaba la cordillera central desde el régimen colonial. En medio de los ideales democráticos y de prosperidad moral y material de mediados de siglo, esta zona era apreciada por ser un ejemplo de las ideas republicanas sobre el comercio, la propiedad y la democracia, así como la moralidad y la disposición para el trabajo de su pueblo. Santander contenía esta imagen o mejor aun este deseo proyectado en sus paisajes y sus pueblos, a diferencia del semifeudal y estacionario altiplano y de las salvajes y amorales tierras calientes de los valles intercordilleranos.

Una estrategia importante en esta proyección de los ideales republicanos sobre Santander consistió en la racialización de su población con los valores asociados a una fisonomía blanca. En las descripciones de Ancízar (1853), los tipos poblacionales de estas provincias eran reiteradamente caracterizados como mestizos blanqueados, y por tanto -haciendo siempre esa conexión retórica- inteligentes, vigorosos, activos, sanos, trabajadores y de buenas costumbres. Un blanqueamiento que se presentaba progresivo y exitoso en la incorporación de lo indígena y hacia la constitución de un nuevo tipo medianero relacionado con actividades productivas específicas (ver ilustración 16),

Los moradores de la provincia son todos blancos, de raza española pura, cruzada con la indígena, e indígena pura; la primera y la última forman el menor número, y cuando la absorción de la raza indígena por la europea se haya completado, lo que no dilatará mucho, quedará una población homogénea, vigorosa y bien conformada, cuyo carácter será medianero entre lo impetuoso del español y lo calmado y paciente del indio chibcha, población felizmente adaptable a las tareas de la agricultura y minería, fuentes de gran riqueza para Vélez, y a la fabricación de tejidos y sombreros para el consumo propio (Ancízar, 1853, Tomo I: 120)

Este mestizaje–blanqueamiento contaba, además, con la presencia de importantes componentes en Santander: un blanco español, particularmente aragonés y catalán, y un indio distinto del tipo chibcha (Samper 1861; Vergara 1867b). La indicación de la historia de la distribución y composición era central en la racialización

de las regiones como unidades poblacionales. Además de ello, el medio físico, como composición paisajística de naturalezas, climas y grado y tipo de industria, aparecía como determinante en la particularidad de los santandereanos. Un clima benigno, no tan frío ni ardiente, y la presencia de una densa red de pueblos, mercados, talleres artesanales y cultivos, incidieron en el carácter activo, gallardo y laborioso y en la composición física robusta de los santandereanos.

En suma, la imagen de Santander correspondía a la de un campo cultivado e interconectado por pueblos dinámicos en el que sus pobladores blancos-mestizos vivían en una activa vida de trabajo artesanal y comercial y de domesticación de la naturaleza, que tenía como consecuencia y correlato una vida moral y sana. Por ello, las unidades productivas familiares, convertidas en símbolo de trabajo, de contención moral y de orden social, llamaban la atención de los letrados (Ancízar 1853; Samper 1861). Esta era la masa de campesinos requerida: una contenida y disciplinada por el trabajo, pero en continuo movimiento, religiosa pero sin fanatismos, de vida familiar, y símbolo de independencia, libertad y de una democracia económica y política.

El levantamiento comunero de finales del siglo XVIII se convirtió en la República un referente central en la representación de los santandereanos. Para Samper (1861) y Vergara (1867b) los santandereanos eran un pueblo de luchadores y guerreros que seguían su libertad e independencia en contra de la opresión y las trabas contra la prosperidad material representadas en el estado colonial –esto último particularmente para Samper–.

En las descripciones de Ancízar y Samper llama la atención la preeminencia de un conjunto de pequeños propietarios libres en las tierras de Santander. Para estos letrados, ello sería el reflejo del establecimiento de la vida republicana, “el asiento de la verdadera democracia” (Ancízar 1853, tomo II: 252), en contraposición con el caso del altiplano. La insistencia en la pequeña propiedad –no es mi interés comprobar su veracidad– pasaba por el señalamiento de la importancia de la propiedad privada como vía moralizadora y en últimas de control de la población, al fijarla con seguridad en un espacio determinado, a la vez que enfatizaba en la imagen de Santander como tierra modelo de los principios liberales dentro de la nación (Samper 1861: 333). Con esta representación del Estado de Santander se pretendía dejar por sentado que la República podía establecerse en la Nueva Granada.

A mediados de siglo, las artesanías y en particular los textiles y la manufactura de sombreros ocupaban un lugar central en la imagen productiva de las provincias del nororiente (Ancízar 1853; ver ilustraciones 16 y 17). Ancízar no dejaba de alabar la condición de las mujeres tejedoras de sombreros, quienes, a su juicio, eran

un símbolo de trabajo y moralidad desde sus talleres-hogares. Las tejedoras eran a la vez buenas artesanas, madres, esposas y campesinas. Sin embargo, esta imagen de un Santander de artesanos, tierra de libertad y pequeños propietarios, que lo hacían una región central y ejemplar en el mapa simbólico nacional, decaería en gran medida por las crisis en los cultivos, primero de tabaco y luego de café y por el descenso en la producción artesanal causada por las políticas librecambistas. Justamente, algunos ideales económicos y políticos de mediados de siglo entraban en contradicción con el ideal del *laissez-faire* que en conjunto provenían de un mismo campo discursivo (Rojas 2001). Hacia finales de siglo, los santandereanos eran reconocidos casi exclusivamente como buenos agricultores y su centralidad en la nación ya no era evidente y menos aun comparada con los antioqueños (Vergara y Velasco 1892). Los ideales que los habían posicionado en un lugar privilegiado en el orden nacional habían cambiado. Ya no importaba insistir en lo republicano y democrático, como si no fuesen dados por hecho, y su movilidad y actividad habían sido opacadas, así como su producción artesanal, en medio de la epopeya colonizadora de los antioqueños, asociada a la incipiente economía cafetera, que por cierto había trasladado los ejes de atención hacia la cordillera central y sus vertientes. Es también cierto que los santandereanos no construyeron un proyecto de regionalismo fuerte, como si ocurrió con los antioqueños y su supuesto aislamiento del resto de la nación, mientras que Santander estuvo supeditado a las tensiones políticas y económicas del altiplano cundiboyacense. No obstante, los santandereanos no ocupaban un lugar marginal en una nación que a fin de cuentas se deseaba con una población campesina y trabajadora y unos campos labrados.

LOS LLANEROS: UN TIPO PARA LA GANADERÍA

En contraste con los indios nómadas, quienes representaban una población bárbara y salvaje, un tipo poblacional particular fue representado como parte constitutiva del sistema de hatos de ganadería extensiva en los llanos orientales: los llaneros. Este tipo regional fue definido en torno a un oficio o a unas actividades particulares, como los bogas del Magdalena o los cosecheros, con la particularidad de ser relacionado-fijado a una región y a un paisaje específico. La relación entre llanos orientales – sabanas - llaneros – caballos – ganado, apareció así indiscutible y natural. La representación de lo llanero ha corrido paralela a la imagen que ha sido tejida de los llanos. Ésta proviene de la visión panorámica y paisajística a distancia, como una región compuesta de sabanas y un paisaje plano, monótono y desierto, en el que el trabajo económico, colonizador y domesticador de la naturaleza debe ser la ganadería (Codazzi 1856; Restrepo 1870; Vergara y Velasco 1892). En la imagen de lo llanero se encuentra claramente la idea de un medio físico que determina y

moldea progresivamente al tipo humano. El llanero aparece como parte de este medio físico particular de sabanas, ríos, soledad, desiertos naturales y sociales y a la vez naturalezas salvajes que él había ido domesticando por medio de la ganadería (Samper 1861; Vergara y Vergara 1867b; Vergara y Velasco 1892). Esta conjunción, en torno a la imagen de lo llano y a la figura del llanero, ha reforzado, sin duda alguna, la visión de que el único trabajo posible sobre la región es lo ganadero.

El llanero hacía alusión a un “tipo regional”, propio del llano, que como tal estaba centrado en los oficios de la vaquería y en sus actividades complementarias. Por lo tanto, la valoración sobre este tipo giraba en torno a su disposición y habilidades para el manejo extensivo y “tradicional” del ganado, que implican saber montar a caballo, enlazar, aquerenciar las reses, cazar, nadar, pelear y aguantar hambre y sol. El llanero era así valorado en tanto incansable trabajador de llano (ver ilustración 18). Un trabajador que además no estaba fijo y se caracterizaba por la movilidad; valor, que aunque pasa desapercibido, ha sido afín al tipo de contratación y de actividades estacionales requeridas en el sistema de hatos.

Un tipo clásico en nuestra historia nacional: es el llanero, acostumbrado desde su infancia á domar el postro salvaje, sin mas auxilio que el rejo; á luchar con el toro bravo, caleándolo en plena pampa; á pasar á nado los ríos caudalosos, infestado de caimanes; á vencer en singular combate á las fieras (Vergara y Velasco 1892: 746)

El llanero no concibe la vida sedentaria y profesa por los hombres de las ciudades el más supremo desdén. Para él son lo mismo los soles quemadores que las lluvias de treinta o cuarenta horas consecutivas; y así cruza, impávido, a nado un río caudaloso o un caño crecido, como arremete al tigre con fría intrepidez. (Restrepo 1870: 159)

La movilidad también ha sido relacionada con el hecho reiterado de que los llaneros no cuentan con propiedad raíz fija, porque en principio no les interesa, por su amor a la libertad y a la vida errante y sin ataduras. Una imagen que desde el siglo XIX ha validado la estructura de la propiedad sobre la tierra en los llanos orientales, donde a partir de la colonización desde el altiplano ha primado la concentración de la misma en pocas manos (Gómez 1991). Así mismo, el llanero al ser reducido a las labores ganaderas, ha sido presentado contrario y lejano al trabajo agrícola, lo cual en los hatos de sabana corresponde con la mono-concentración en la ganadería y con la progresiva eliminación del autoabastecimiento de los pobladores locales con cultivos a pequeña escala, para hacerlos más dependientes a la vida de hato y sujetarlos a sus relaciones laborales (cf. Rausch 1999). De esta manera, lo llanero se convirtió en un patrón que, aunque no ideal, era trazado para la incorporación de

los indios, quienes en el siglo XIX conformaban una buena parte de la población regional. La representación de los llanos y los llaneros reflejaba también el deseo de llanerizar poblacional y paisajísticamente una porción del territorio nacional, un proceso que sería beneficioso para las élites nacionales y sobre todo para el control laboral de las élites locales sobre la población.

Por otro lado, la participación de las milicias casanareñas en levantamientos contra el régimen colonial desde finales del siglo XVIII y en la guerra de independencia sustentó la imagen de los llanos orientales y de sus pobladores como conflictivos y tendientes a la guerra. El llanero era símbolo de la lucha libertadora, de las revueltas contra la colonia y, como tal, era pensado como un jinete con habilidades naturales para la guerra (ver ilustración 19). De allí surgió la descripción del centauro: una figura guerrera, guiada por la libertad y la independencia absoluta, pero que además era el símbolo de la unión entre la barbarie y la civilización. Eso era el llanero para el letrado, la mezcla de indio y blanco, o el indio reducido y civilizado por los misioneros, el cual era luchador, bueno para el trabajo, pero difícil de domar y fijar. Así lo describían Samper y el abogado-colonizador antioqueño Emiliano Restrepo,

Nos pareció ser tipo del llanero en toda su pureza, y nos imaginamos que veíamos uno de aquellos centauros del desierto, cuyas homéricas proezas oímos relatar desde los primeros años de la vida, mezcladas a los grandes hechos y a las grandes glorias de nuestra historia nacional. (Restrepo 1870: 74).

El llanero es el lazo de unión entre la civilización y la barbarie, entre el criollo y el indio feroz casi antropófago, entre la ley que sujeta y la libertad sin freno moral, entre la sociedad con todas sus trabas convencionales, más o menos artificiales, y la soledad imponente de los desiertos, donde sólo impera la naturaleza con su inmortal grandeza (Samper 1861: 92)¹⁰⁰.

Sin embargo, como lo evidencian las citas anteriores, el llanero no era representado como un pueblo central en el orden nacional moderno. El llanero era elaborado ante todo como un ser liminal, que a pesar de ser valorado por sus virtudes para el trabajo ganadero, era marginado en tanto bárbaro, violento y descontrolado, rasgos fruto de su descendencia de indígenas reducidos. Su movilidad y aparente libertad frente a la vida controlada que implica el trabajo y la residencia fija, se

100 Habría que estudiar cómo en esta visión del llanero pudieron haber influido caudillos regionales como Páez en Venezuela y Juan Nepomuceno Moreno en Casanare, quienes por medio de esta imagen cobraron simbólicamente la participación de los llanos en la guerra de la independencia e intentaron posicionar a la región y a sus pobladores, a la cual ellos pertenecían, en el orden nacional de cada uno de sus países

constituyó también en un problema para las formas de regulación poblacional. La imagen del llanero era similar a la representación que se hacía de la región oriental, como una que estaba en medio de la domesticación y del salvajismo, una tierra malsana pero llena de riquezas y prosperidad (Codazzi 1856; Díaz Escobar 1879; Restrepo 1870). Los llanos emergieron como una región de frontera: marginal en las relaciones dentro del estado nación, pero que poco a poco fue objeto del deseo colonizador y domesticador, al igual que gran parte de la tierra caliente, que la presentaba como una zona vacía de vida social pero con muchas riquezas naturales por explotar.

Frente a esta tensión, emergió de forma especial hacia este tipo el costumbrismo y el folclor (Vergara 1867b), como formas de regular, ordenar y definir en torno a rasgos claros, manejables y tipificados lo que era ser llanero. Para Vergara (1867b: 210) las coplas de los llaneros, “romances de hazañas”, reflejaban la pertenencia a la tradición hispánica, su papel en el sometimiento de los indios nativos y cómo su carácter había sido fuertemente moldeado por su trabajo y su medio físico. Sin embargo, en el siglo XIX estas “costumbres” siguieron siendo observadas como formas de exaltación de la corporalidad, la sensualidad y la barbarie. En las siguientes palabras se pueden observar estas tensiones y tipificaciones que confluyeron en la imagen de lo llanero,

El llanero gusta mucho de lo muelle, i por esto le agrada estar sentado en su hamaca o silleta; pero en ámbas, en ademan de a caballo, indicando con esto lo dominante de la costumbre. Gusta mucho también del baile, que ejecuta como con locura, a pesar de la narcótica i pesada atmósfera en que vive y de la demasiada traspiracion a que tanto le huye por aseo i de su modo de ser perezoso. (Díaz Escobar 1879: 40)

En las planicies orientales vive el llanero, también ya un tanto modificado, producto de una vida casi nómada y de constante lucha en pleno desierto, en una patria sin horizontes definidos: ama con delirio el baile, el canto y la música sui géneris, y á la par de las mujeres hermosas, los buenos caballos, la lidia del ganado bravío, la lucha con las fieras, de donde su desprecio por las gentes cortesananas incapaces de colear (echar á tierra) un toro como él. (Vergara 1892: 967).

TOLIMENSES Y NEIVANOS: LA NORMALIZACIÓN DE LA TIERRA CALIENTE

Este caso demuestra la centralidad del ordenamiento territorial en la invención de entidades geo-poblacionales. Lo tolimese no apareció antes de que fuese proclamado el Estado del Tolima en 1861, ni como entidad territorial-paisajística, ni como forma de homogeneizar un conjunto poblacional. A partir de la creación del

estado del Tolima fue aglutinado en torno a éste lo que antes contenían las provincias de Mariquita y Neiva por aparte. En suma, el Tolima comenzó a contener gran parte de lo que había sido caracterizado como tierra caliente o calentanos (Vergara y Vergara 1867b). Esta imagen continuaría con la proclamación del Tolima como departamento, dentro del esquema territorial de la constitución de 1886 (Vergara y Velasco 1892). No obstante, esto no implicó una simple replica o contención de lo calentano en lo tolimense, sino que ciertos rasgos de lo calentano aparecían allí para subordinar o resaltar, en la medida que era elaborado lo tolimense como una entidad poblacional fija a un territorio e integrada política y económicamente al estado-nación.

Antes de lo tolimense, lo neivano había captado la atención de escritores como Samper (1861). Los neivanos, habitantes de la provincia de Neiva, eran valorados por este autor por su disposición para el trabajo y la alternación en el mismo. Es decir, los neivanos se caracterizaban por desempeñar indistintamente y con la misma habilidad labores de ganadería, agricultura, artesanía y comercio. Lo particular de esta descripción es que el valor homogéneo que se adjudicaba a una provincia era lo variado de las actividades productivas. Este ejercicio es resultado de las primeras tendencias por generar una imagen homogénea de una región y unos pobladores, que precisamente habían sido caracterizados a partir de la variedad productiva en el ejercicio colonizador. El neivano, aunque calentano, era así una imagen normalizadora de lo que deberían ser los hombres de una región activa productiva y comercialmente: un conjunto de hombres activos en el pastoreo sin tener la rusticidad del llanero, y agricultores sin ser estacionarios como los indios del altiplano, y en los cuales la conjunción de estas actividades había suavizado sus reacias costumbres (Samper 1861: 335; Ver también Codazzi 1858).

En esta imagen, lo neivano o lo tolimense aludían a una unidad poblacional basada en un exitoso y progresivo mestizaje entre el componente blanco e indio. En este tipo mestizo, caracterizado de vigoroso, bien formado, valeroso y de un bello color blanco mate (Samper 1861; Vergara y Velasco 1892), lo negro, circunscrito a las riberas del Magdalena y a sus tierras ardientes y húmedas, no aparecía, aunque hiciera parte de las dos entidades administrativas y territoriales. La representación del tolimense o lo neivano se circunscribía a las zonas centrales de estas provincias y estado, que por medio de la ganadería y agricultura desde el siglo XVIII y con los tejidos de los reconocidos sombreros jipijapa, entre otros productos, en el siglo XIX, estaba integrada al altiplano cundiboyacense y a un incipiente mercado y comercio interregional y nacional. De lo indígena de las sabanas y valles del Tolima, el tolimense contenía su fuerza y su vigor, así como cierta templanza para lucha, muy diferente al indio chibcha del altiplano. Pero en sí, el mismo

Ilustración 18.

Paz, Manuel María (1856). *Llaneros herrando ganado. Casanare* En Codazzi (1856)

La representación sobre el llanero conjugaba la idea de una modelación del medio físico sobre los pobladores y la restricción a un oficio particular: el relacionado con la cría y levante de ganado. Como tal, el llanero fue un importante tipo de oficio en la segunda mitad del siglo XIX, pero circunscrito a una región particular, que además fue pensada particularmente desde la ganadería de corte extractiva.



Ilustración 19.

Torres, Méndez Ramón (1870). *Llanero militar*. En Sánchez (1987)

Esta es una parte fundamental de la representación del llanero en el siglo XIX: su disposición como fuerza militar del gobierno republicano, particularmente por sus características de jinete. Sin embargo, por sus mismas características ello se convertía en una representación negativa del guerrero llanero: si no se le controlaba podía ser un rebelde peligroso para el gobierno nacional, puesto que funcionaba más como un miliciano, ya que por su carácter intempestivo y nómada no estaba adscrito a fuerzas regulares (Samper 1861)



Ilustración 20.

Paz, Manuel María (1857). *Entrada a Bogotá por San Victorino y vista lejana de los nevados*. En Codazzi (1858).

A parte de su compleja escenificación de la posición de los nevados en medio de diversas discusiones científicas (Sánchez 2003: 108-110), este cuadro es una particular representación de la vida bogotana. En un espacio de la ciudad de activo movimiento comercial y humano no son resaltados los trabajadores, el pueblo bajo o las actividades económicas, sino por el contrario el cuadro es dominado por los tipos notables de la capital. Los caballeros y



las damas santafereñas se pasean elegantemente, se encuentran y charlan, haciendo de la ciudad un escenario privilegiado de sociabilidad, civilización y urbanidad. Esta era la representación que primaba de Bogotá como espacio de los tipos notables, por encima de cualquier otra consideración o perspectiva.

tolimense era una depuración de este pasado pijao, que había sido problemático para la conquista española hasta finales del siglo XVIII (Vergara y Velasco 1892).

El tipo tolimense reflejaba también el deseo de normalización de la conflictiva tierra caliente en torno a las labores agropecuarias. Si en principio lo neivano era descrito como un tipo fruto de la diversidad productiva, las descripciones sobre los habitantes del Estado y del departamento del Tolima se concentraron en señalar un tipo dedicado a la agricultura y a la ganadería. La cría de ganados y caballos y el cultivo de cacao, tabaco y más adelante en forma masiva de arroz habían determinado el carácter y el temperamento manejable del tolimense (Vergara y Velasco 1892). Vergara y Vergara lo describía así, sin hacer énfasis en sus costumbres populares,

El Estado del Tolima tiene un tipo de agricultor y de hombre formal muy notable, que se ha mezclado con un tipo de guerrero, descubierto y explotado en los últimos años, que lo ha maleado. Es poco apto para las ciencias intelectuales y para las artes, a causa de su recio clima. (Vergara y Vergara 1867b: 217)

Este último señalamiento no negaba que el tipo tolimense fuera descrito, dentro de su carácter simpático y afable, como un pueblo alegre, distinguido por su interpretación en la bandola y sus cantos y bailes populares (Samper 1861; Vergara y Vergara 1892). A partir de las costumbres y del folclor era también normalizada la tierra caliente, que aparecía así divertida y graciosa (Samper 1861), en tanto generadora de un pueblo que iba siendo aceptado, en la medida en que se integrara al orden nacional.

SANTAFEREÑOS, PAYANESES Y LA COSTA. CIUDADES EN EL CENTRO DE LA NACIÓN Y LOS LÍMITES AL REGIONALISMO

Aun a finales del siglo XIX, la diferencia poblacional en Colombia no era pensada en su totalidad en términos regionales. Como lo he mencionado, sobre los pobladores de los territorios de frontera -particularmente del territorio del Caquetá y la provincia del Chocó- no fue construido un tipo regional, pues ellos eran ubicados en la clasificación básica de la civilización y barbarie, cruzada por las razas negras e indias y sus derivaciones. Por otro lado, aquí me interesa explicar cómo en otros territorios integrados al orden nacional, incluso partes centrales del mismo, tampoco fueron representados con tanta fuerza tipos regionales, por cuanto en éstos primaban jerarquías diferenciadoras internas entre la élite, el pueblo y los marginales; jerarquías estructuradas desde el orden colonial, alrededor de la visión criolla de las tres grandes razas. Mientras que los tipos regionales más recurrentes lo eran,

bien por ser representados como parte del pueblo nacional desde élites regionales o ciudadinas, o por ser autorepresentaciones desde los espacios de poder emergentes en el contexto de la nación, contrarios a las viejas ciudades coloniales.

Desde la perspectiva geográfica, del ordenamiento territorial y bajo ciertos contextos particulares, el altiplano, o los estados de Boyacá y Cundinamarca, el Cauca y la Costa Atlántica eran vistos como porciones particulares de la nación; no obstante, a partir de estas porciones no fueron constituidas imágenes de poblaciones regionales unitarias. Allí, como lo demuestran los textos revisados de letrados bogotanos o payaneses, las élites construyeron una identidad urbana sustentada en una conciencia criolla, que a su vez se fundamentaba en la distancia-distinción con sus otros cercanos. Esta conciencia y la identificación por ciudades provenían del orden colonial y eran recreadas en la nación como una forma de posicionarse como centro de la misma¹⁰¹. Esto constituía un límite al regionalismo, en tanto éste se basa en la representación de una homogeneidad como parte de la heterogeneidad nacional y dentro de su heterogeneidad interna.

Como detallé en la sección anterior, el altiplano cundiboyacense fue visto como una unidad paisajística-poblacional con características naturales, históricas y raciales compartidas. El altiplano era representado como el centro físico, simbólico y de gobierno de la nación. Su clima, su pasado civilizador, su historia antigua y patria y sus ilustres pobladores eran continuamente resaltados. La imagen del altiplano no fue basada en la visión y segmentación del ordenamiento territorial por estados o por provincias; Vergara hablaba de una unidad moral entre los dos estados, Cundinamarca y Boyacá, que venía desde la colonia (1867b: 218). No obstante, esta unidad contenía una división poblacional, desde la cual no era posible plantear un tipo regional, ya fuese desde la perspectiva geográfica o de las unidades administrativas territoriales. Mientras que los tipos antioqueños, santandereanos o llaneros aparecían en diferentes textos, no ocurría lo mismo con un tipo cundiboyacense, del altiplano, cundinamarqués o boyacense que no tuviese otro término, calificativo o nombre, que el de indio, mestizo, artesano, criollo o criada. La población del altiplano aparecía segmentada básicamente por medio de la división entre indios y blancos, asociada a una diferenciación social y a una división por oficios, talentos e

101 Colmenares (1991) explica cómo las colonias hispanoamericanas estaban articuladas alrededor de ciudades y no de regiones como ocurriría con la unidad nacional. De allí, la centralidad de identidades locales y de ciudades desde el régimen colonial, cuestión que en algunos casos primaria sobre la adscripción regional en el siglo XIX. Ello, en especial, en las ciudades que habían sido centros de poder de la colonia como Santa Fe, Tunja, Popayán y Cartagena. Los conflictos identitarios en el orden nacional se presentaron en torno a estas ciudades como Santa fe, reflejos del orden colonial, y a las emergentes regiones como Antioquia.

ingenios. Ésta era una división que, en términos generales, se concretaba en la oposición aristocrática entre élite criolla blanca y pueblo bajo de indios y mestizos (Codazzi 1851, 1858; Ancízar 1853; Samper 1861; Vergara 1867b). Aun en las geografías publicadas por Vergara y Velasco en 1892 y 1901 primaba la clasificación racial en Boyacá-Cundinamarca sin que allí emergiera un tipo único y particular, debido a que desde esta división entre lo blanco y lo indio las élites urbanas garantizaban una distancia entre ellas y el pueblo bajo.

En esta división jerárquica primaba el tipo criollo que como tal se representaba blanco y descendiente directo de españoles, en su mayoría andaluces y castellanos, casi sin la presencia de mezcla racial (Samper 1861: 83; Vergara 1867b; Vergara y Velasco 1892). En la cumbre de la clasificación racial continuaban prevaleciendo los puros de linaje y de sangre, aun cuando el mestizaje fuera valorado en la perspectiva nacionalista. Aunque Samper señalaba que este tipo criollo englobaba a los santafereños, payaneses y tunjanos, y en efecto lo hacía, cada uno de estos tenía una particularidad. El santafereño era caracterizado como una élite particularmente letrada, sociable y con un alto grado de civilización, lo que la hacía propicia para el ejercicio del gobierno. De las élites ciudadanas, la santafereña era la más destacada por su activa vida social de tertulias, bailes y reuniones sociales, al igual que por su índole literaria y creadora, y sus capacidades para las ciencias morales, jurídicas y políticas (Codazzi 1858; Samper J. 1861). La identificación del tipo criollo con Bogotá ofrecía una posición en el orden nacional que no requería de una adscripción regional. En este sentido, el valor simbólico de la ciudad como espacio privilegiado del poder letrado y civilizador era tomado por las élites urbanas, como su escenario natural y exclusivo, mientras que otra parte de la ciudad, la mísera, pobre y sucia, era adjudicada al pueblo bajo, los artesanos y los pobres (Samper M. 1867). Justamente, el eje de lo santafereño estaba en la identificación con los valores propios de lo urbano y lo ciudadano y en contraposición con lo campesino (ver ilustración 20). A diferencia de la representación que se hacía del tipo antioqueño, la élite santafereña se relacionaba con el campo desde la distancia y no desde una ligazón emocional.

Por otro lado, la representación de lo santafereño, en su misma nominación que remitía a la Santa fe colonial y no a la Bogotá republicana, indicaba un apego a las tradiciones aristocráticas y coloniales (Vergara 1866). Incluso, los mismos letrados bogotanos, como Samper y Vergara, tenían una actitud ambigua frente al carácter del santafereño. Éste era calificado de aristócrata, perezoso, reflejo de la sociedad castellana colonial que no “ha entrado totalmente al siglo XIX”, inmóvil, incapaz de desempeñarse en labores prácticas y físicas, y apegado en extremo a tradiciones anticuadas y a fueros nobiliarios (Samper 1861; Vergara 1867b; Rivas

1889). El pasado colonial remitía al mismo tiempo a una posición de poder y a un lastre que era necesario extirpar. Estas críticas eran relacionadas con el calificativo peyorativo de raizalista, el cual indicaba un apego desmedido a la tierra de nacimiento y a las raíces tradicionales que limitaba la acción y la movilidad. El santafereño Rafael Santander (1866a) cuestionó la forma negativa de este calificativo y la revirtió como un valor positivo propio del santafereño, el cual no negaba el amor a la patria grande ni impedía la movilidad. De la misma manera lo hacía Ortiz en sus valoraciones de Bogotá en comparación con las otras ciudades y regiones del país (Ortiz 18??). La cuestión criticable del raizalismo radicaba en la quietud y la inactividad. Los letrados bogotanos y antioqueños utilizaban el calificativo de santafereño asociado al raizalismo, como una forma de criticar a las élites establecidas y tradicionales de la ciudad capital, en el contexto de la emergencia de un nuevo tipo de élites relacionadas con ideales económicos y culturales, modernos y nacionales. Para los antioqueños era más importante resaltar esta crítica, en esta lucha simbólica entre élites establecidas y en ascenso.

Estas críticas a lo santafereño se hacían extensivas y aun más radicales respecto a Tunja y a sus habitantes notables (Vergara 1867b: 218). Mientras que Bogotá se mantuvo como centro de la nación durante la república, Tunja continuó decayendo como una ciudad importante, perdiendo el estatus que había conseguido durante los primeros siglos de vida colonial. En las descripciones de Ancízar sobre Tunja, ésta era presentada como una muestra perviviente del pasado colonial que se intentaba sobrepasar. En su arquitectura, sus costumbres, su encerramiento, su recogimiento y su quietud eran reflejadas la permanencia del régimen colonial,

Una especie de osario de las antiguas ideas de Castilla esculpidas y conmemoradas en las lápidas de complicados blasones puestas sobre las portadas de las casas, o viviendo todavía dentro de los conventos, es decir, fuera del siglo y extrañas a todo comercio humano con el cual han cesado de armonizar: mansión de hidalgos a quienes la revolución republicana cogió de improviso, y la aplaudieron sin echar de ver que les traía el final político de los privilegios y el término social de las ejecutorias. (Ancízar 1853 tomo II: 57).

Sin embargo, el mismo Ancízar resaltó el carácter de los tunjanos notables, pues, al fin al cabo, constituían una élite criolla autoproclamada como ilustrada y civilizada (1853: 55-59; ver Ilustración 2). En el relato de Ancízar lo peor de la ciudad -el atraso, la suciedad y lo colonial- recaía en sus habitantes pobres.

El tipo popayanejo o payanés también hacía parte de este tipo criollo puro compuesto por santafereños y tunjanos. De nuevo, el tipo de ciudad remitía al criollo blanco proveniente del orden colonial. El payanés era racializado como del

más claro origen blanco hispano, específicamente castellano, lo que se evidenciaba en el uso de un “buen lenguaje” (Vergara 1867b: 217, Vergara y Velasco 1892: 964). Los rasgos del payanés remitían a una élite tradicional y aristocrática, con elevadas pretensiones nobiliarias. No obstante la similitud en la tipificación con el santafereño, el payanés fue reducido a una posición que no resultaba tan privilegiada en el orden nacional del progreso económico y social. El poder, particularmente económico, sobre el cual se había establecido la élite payanesa, se fue desmoronando desde principios del siglo XIX. Las guerras de la independencia, la disminución progresiva de la esclavitud y su abolición completa en 1852, base de la fuerza de trabajo minera y agrícola, la caída de la producción local del oro y la incapacidad de mantener productos de exportación, hicieron, que la economía que sostenía a las élites payaneses entrara en un estancamiento significativo (Palacios y Safford 2002: 348-351). Poco a poco, Cali se posicionaría sobre Popayán y con más fuerza desde su conexión con Buenaventura a principios del siglo XX. Empero, durante el XIX los payaneses tuvieron un alto capital simbólico relacionado con el ejercicio de gobierno. Popayán mantuvo su importancia política en el orden nacional, siendo calificada de cuna de “grandes familias y de hombres notabilísimos” (Vergara 1867b: 217, Vergara y Velasco 1892: 964).

En la obra de Sergio Arboleda (1867), miembro de una reconocida familia payanesa, que, como todas, contaba con grandes haciendas basadas en una importante mano de obra esclava, son evidentes una división racial rígida y la ausencia de un proyecto regional caucano. En su más importante libro escrito años después de la abolición de la esclavitud, Arboleda (1867) evidencia cómo la distancia entre las identidades racializadas como blancas y negras e indias se hizo más problemática y radical en la medida que se había perdido la sujeción segura de la población esclava. En esta visión el padre blanco debía seguir cuidando a sus hijos incivilizados, negros e indios, sin nunca llegar a esbozar un atisbo de cercanía. Esta oposición racial a lo negro y a lo indio estaba fundada en la configuración de una sociedad aristocrática, fruto de las relaciones más rígidas del orden colonial, como ocurría con Santa Fe¹⁰². La oposición racial sustentaba en el área de influencia de Popayán una divi-

102 Aparentemente el estado del Cauca contaba con el mayor número de negros en la segunda mitad del siglo XIX (Pérez 1871: 91). Para la élite payanesa -dispuesta también en Cali y en Buga (Vergara 1867b: 217)-, dominante en el Estado, era impensable formular una identidad compartida con sus antiguos esclavos, con su otro más significativo, en tanto fundamento por oposición de su propia identidad blanca. Por otro lado, no sobra indicar que Appelbaum (2003: 36-47) explica que en los conflictos militares y en los encuentros colonizadores locales entre antioqueños y los habitantes del Cauca, los primeros tachaban a los segundos despectivamente de negros y conflictivos, subordinados ante la imagen blanca de lo antioqueño.

sión casi estamental de la fuerza de trabajo y del genio de las razas. Allí la economía había sido estructurada con fuerza en el trabajo de esclavos negros, para grandes plantaciones y la minería, y de los indios bajo los resguardos para la producción agrícola (Sanders 2004: 9-17). Las élites de las ciudades y villas importantes dominaban el acceso y el control a la tierra y la sujeción laboral por medio de grandes haciendas. En la medida en que primó esta diferenciación racial en el sustento de una sociedad auto comprendida como aristócrata, no interesaba más la construcción de una imagen regional positiva que la constitución de una identidad de élite criolla y urbana.

Sólo a finales del siglo XIX, dentro de la división por departamentos, se encuentra una referencia a lo caucano sin mayor trascendencia, del mismo nivel que los tipos nombrados a continuación y proyectada hacia el pueblo bajo mestizo. En ella, el caucano es calificado de perezoso, belicoso, ardiente, inteligente y apasionado por la política (Vergara y Velasco 1892: 964). Esto debido al papel activo que habían tenido el Cauca y las conocidas milicias caucanas en los conflictos militares y políticos del siglo XIX (Sanders 2004).

Antes de esta unidad administrativa departamental, en el Cauca primó la variedad desde la perspectiva geográfica. En particular, el estado del Cauca contenía una variedad paisajística sin comparación con otros estados. ¿Cómo sintetizar en una misma visión el salvaje e indio territorio del Caquetá, anexo al Cauca por un buen tiempo, la negra provincia del Chocó, el valle del Cauca, el Patía, las tierras indias y fronteras de Pasto y las montañas caucanas? (ver Codazzi 1855). El estado incluía provincias que se salían de su control político: hacia el norte las provincias participaban más de Antioquia y hacia el sur estaban más conectadas con Ecuador. Específicamente, cada una de estas unidades paisajísticas o políticas podía representar un tipo poblacional, los cuales, sin embargo, o eran muy localizados y no tenían la suficiente fuerza para ser regionales, o entraban en otros registros como las tierras salvajes y de frontera. De la visión paisajística o del ordenamiento territorial, eran representados el tipo *tuquerreño*, un simple campesino; el *patiano*, descrito como pastor-jinete; y en el Valle del Cauca, sin unidad y bajo la diferencia de mestizos, indios y negros, era resaltado un tipo payanés-criollo en Buga y en Cali (Vergara 1867b: 217, Vergara y Velasco 1892: 964).

De esta variedad de tipos hay uno que llama la atención: el indio pastuso. En especial, en Samper (1861: 86-87) y Vergara (1867b: 216) la descripción del pastuso es, por decir lo menos, despectiva, casi al nivel de los zambos, negros e indios errantes. El pastuso fue un tipo marginalizado en las fronteras simbólicas y físicas de la nación. Tachado de guerrillero, violento, semi-salvaje, primitivo, malicioso,

fanático, estúpido, traidor e indolente, el indio pastuso fue una elaboración sintético-crítica de los pobladores del suroccidente colombiano que resistieron hasta bien entrada la república a los independentistas en el bando realista y que protagonizaron guerras civiles significativas durante el siglo XIX. En el pastuso era visto un pueblo de frontera que no estaba integrado a la nación, que no era enteramente granadino, “El pastuso no se parece en ningún granadino en nada: acento, inclinaciones, comercio, vestidos, costumbres, todo en él es ecuatoriano” (Vergara 1867b: 216). Esta marginalización cultural de lo colombiano no debe ser vista como un dato real sino como una estrategia para deslegitimar poblaciones que están por fuera del control político y económico de la nación. Codazzi (1855) y Samper (1861) cuestionaron a los pobladores de Pasto por no aportar al comercio nacional y por aislarse en sus montañas en una vida física y moralmente vegetativa.

En la visión de las élites centrales sobre las fuertes ciudades coloniales de Cartagena y Santa Marta, en el otro extremo del país, no fueron representados tipos poblacionales con trascendencia nacional durante el siglo XIX. Ni siquiera a partir de Cartagena emergieron tipos poblacionales reconocidos, como si ocurrió con los santafereños y los payaneses. Presento aquí la cuestión de la imagen regional de la Costa porque a pesar de su unidad en ciertos niveles y perspectivas, durante el siglo XIX no fue representado de forma significativa un tipo costeño en el marco de lo nacional, en los textos de los letrados centrales revisados aquí. Esto sorprende a nuestra visión actual de la diferencia regional, en la cual lo costeño ocupa un lugar importante, entre otras, por ser el otro cultural del interior. Por ello mismo, tentativamente planteo que mientras la tierra caliente fue resaltada a mediados de siglo como el otro del altiplano y de Bogotá, la Costa parecía ser tan sólo parte de esta tierra, hasta que con el ascenso progresivo de la regionalización y el posicionamiento de ésta en el escenario nacional, la oposición costa caribe y mundo andino se consolidó.

Desde la visión geográfica, la Costa Atlántica ha sido vista como una unidad particular desde los inicios de la república. A pesar de su variedad paisajística, ésta ha sido homogeneizada como una región esencialmente llana, de selvas, sabanas y litoral, en completa oposición con las zonas montañosas del interior (Zea 1822; Pérez 1863b, 1871; Arboleda 1872), así “forma un solo todo con las partes bien enlazadas entre sí” (Vergara y Velasco 1892: 866). La oposición de esta región con el altiplano no sólo estaba determinada por su topografía sino por sus condiciones climáticas y su grado de poblamiento y civilización. En general, la costa era descrita como una zona desierta, aunque no al nivel de las selvas del Caquetá, estancada, con un mínimo crecimiento poblacional y en extremo enferma (Pérez 1863b; Vergara y Velasco 1892); por eso Pérez se preguntaba “¿Serán nuestras costas atlánticas de peores condiciones salutíferas que el resto del país?” (1863b: 2-3). A este

respecto para la visión colonizadora era necesario tumbar los bosques y selvas, poblar las tierras con cultivos, ganados y hombres trabajadores, y, en suma, integrar la Costa a la nación, para que fuesen curadas sus enfermedades. Todo lo contrario a lo que ocurría con la región andina, que justamente era representada física y moralmente por encima de la costa. Esta oposición cobraría más fuerza con la extensión del uso de la división espacial de la nación por grandes regiones naturales, desde finales del siglo XIX (Vergara y Velasco 1892).

Igualmente, la idea de una unidad regional en la Costa tuvo un escenario importante en el campo político durante el siglo XIX, sobre todo por el papel marginal y la actitud distante de los gobiernos centrales (Múnera 1996). Esta unidad era evidente en la obra de Juan José Nieto, quien como nadie reclamó por una posición y un estatus político adecuado para la Costa, así como la atención del gobierno central a través de proyectos económicos y comerciales (Nieto 1835). Nieto, quien fuera presidente de la república, muy seguramente determinado por su condición mulata, manifestó una fuerte perspectiva regional, aunque supeditada a la división por provincias o estados, y siempre resaltó su ligazón con su tierra natal (1840). En varias ocasiones la perspectiva regional fue una manera de enfrentarse en la arena política a los estados integrados del interior. Además de Nieto se destacó el regionalismo político de la Sociedad de Representantes de la Costa creada en 1874 y de la Liga Costeña de las primeras décadas del XX. Sin embargo, estos proyectos no lograron trascender los reclamos políticos o económicos (Posada 1999).

La unidad política y geográfica no fue un sustento significativo para la representación de un tipo poblacional regional costeño. En los textos de viaje de los letrados hacia Europa, podían aparecer referencias ocasionales a lo costeño, pero lo cierto es que en el momento de representar la diferencia en el marco de lo nacional éste no aparecía de forma tan recurrente como otros tipos. Esta ausencia indica que la costa no fue un motivo importante en el orden nacional durante el siglo XIX. No lo fue porque, por un lado, el siglo XIX implicó un distanciamiento entre el centro y la costa¹⁰³. Para los autores consultados, la costa resultaba lejana de sus intereses y su visión. Por otro lado, el descenso económico de las ciudades costeras, limitó la presencia de una perspectiva regional jalonada por la élite letrada urbana costeña¹⁰⁴. Asimismo, al tiempo que decaían las ciudades tradicionales de la costa,

103 Esto a diferencia del caso del llanero, el cual era un tipo recurrente por la relación cercana entre el altiplano y los llanos orientales. Mientras que la costa era un otro muy distante y con pocas relaciones para el centro andino frente a la limitada visión desde el altiplano, las tierras altas y templadas.

104 En aquel siglo, las ciudades puerto de la Costa Atlántica disminuyeron su importancia económica, lo cual las relegó ostensiblemente del orden nacional. Las ciudades de la costa sucumbieron también en medio de enconadas rivalidades -entre Cartagena, Santa Marta, Mompóx y más adelante Barranquilla-, que a la vez impidieron una proyección de carácter regional.

su élite mantuvo una división racial entre negros, blancos e indios. Al igual que en el Cauca, la élite señorial costeña, sobre todo la cartagenera, generó un orden estamental basado en relaciones serviles de la fuerza de trabajo negra y, en menor medida, india. La clasificación poblacional interna de los estados de Bolívar y Magdalena seguía esta división racial básica entre negros perezosos e indolentes, indios bárbaros y blancos civilizados (Arboleda 1872; Pérez 1863b, 1871; Vergara 1867b).

No obstante, a finales de siglo encontramos una primera referencia al tipo costeño, con varios de los elementos a partir de los cuales sería caracterizado a lo largo del siglo XX (Vergara Velasco 1892: 965). Amigo de las diversiones, alegre, fanfarrón, hablador, indolente y con un acento especial, el costeño era particularizado en tanto distinto a los recatados y controlados habitantes del interior. El desparramo y la soltura eran vistos como el resultado de la acción conjunta del clima y de una vida que nunca había estado sujeta a un control político o eclesiástico lo suficientemente fuerte para un pueblo que estaba completamente impregnado de la herencia negra. En la breve referencia de Vergara y Velasco aparecían otros tipos particulares a provincias, ciudades o ciertos paisajes. Para que lo costeño homogeneizara la población regional, se necesitaría de una oposición más clara entre la costa o lo caribe y el mundo andino. Ello ocurriría a lo largo del siglo XX, durante el cual los costeños y la costa serían tipificados como zonas y pueblos caribeños y tropicales de placer, creatividad, cultura y diversión, desde la música, el folclor y el turismo, y, asimismo, como un pueblo desordenado, libertino y ajeno al control.

En este texto he mostrado que en el siglo XIX apenas estaba emergiendo una clasificación poblacional centrada en lo regional. Esta clasificación, analizada desde un conjunto de pensadores particulares pertenecientes principalmente al eje Bogotá-Antioquia, daba cuenta de la construcción de una diferencia aceptable en torno a la figura del pueblo nacional. Por supuesto esta clasificación era jerárquica y, como tal, escenario de las élites para hacerse a la dominación simbólica de la nación. El corpus de documentos revisados da cuenta también de una mirada limitada de los letrados respecto al conjunto del país, desde sus áreas de influencia e interés. Así, no sólo no aparecen ciertos tipos regionales sino de allí que cobren

tanta fuerza otras figuras como los calentanos en los tipos humanos neogranadinos. Por ello mismo, los márgenes de la nación eran habitados por razas a las cuales se temía por la poca posibilidad de incorporación y por la distancia del centro con estos márgenes. En suma, la construcción de la diferencia fue un escenario en el que al mismo tiempo que era definida la nación, era posible para las élites letradas, desde su pretendido poder escriturario, establecer relaciones de poder, subordinación, jerarquización y marginación entre *sus* otros propios, distantes o cercanos.